

CRITICA

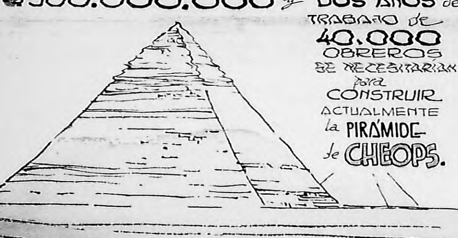


AÑO I | BUENOS AIRES MARZO 24 DE 1934 | No. 33

VISTO Y OIDO ★ *Porqué buscaron al Plesiosaurio* ★ por PREMIANI



La MODA de las UÑAS ROJAS PROVIENE del HAREM de la ANTIGUA TURQUIA.



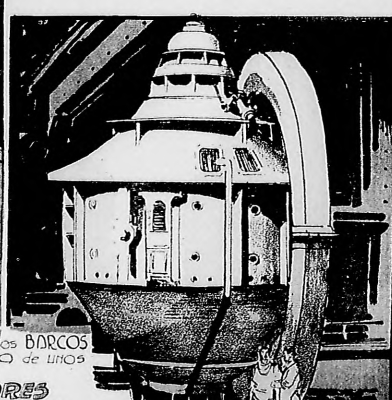
$500.000.000 y DOS AÑOS de TRABAJO de 40.000 OBREROS SE NECESITARIAN para CONSTRUIR ACTUALMENTE la PIRÁMIDE de CHEOPS.



CUANDO a ROBESPIERRE LE PIDIERON GRACIA para el POETA ANDRES CHENIER, CONDENADO a MUERTE por la REVOLUCION, RESPONDIO QUE PLATON TAMBIEN CONDENABA a los POETAS.

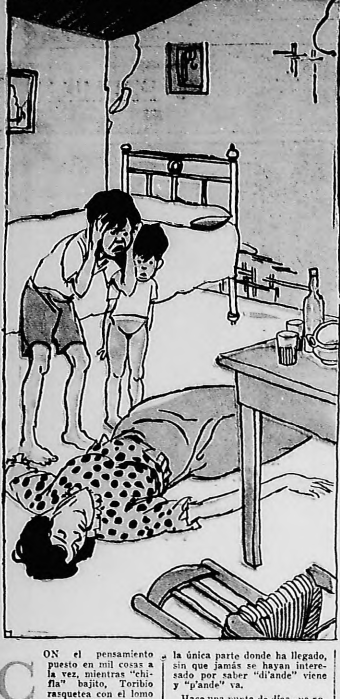


La BÚSQUEDA del PLESIOSAURIO en la PATAGONIA SE ORIGINÓ en el HALLAZGO de UN TROZO de PIEL de MILODÓN en AQUELLOS LUGARES.-



La ESTABILIZACIÓN de los BARCOS SE ASEGURA por MEDIO de UNOS APARATOS LLAMADOS ESTABILIZADORES GIROSCÓPICOS y SON COMO LOS CANALES SEMI-CIRCULARES del LABERINTO del OIDO QUE IMPIDEN QUE LOS HOMBRES ANDEMOS como EBRIOS.

...Y ANSINA PERDIO LA PASENSIA



CON el pensamiento puesto en mil cosas a la vez, mientras "chifla" bajito, Toribio rasquetea con el lomo del cuchillo el barro ya seco, que su blanco sabino ha juntado al revolcarse.

Repentinamente suspende la tarea. Se siente solo, "desganao". "¿Pa qué limpea el cabayo?" Ni el "mesmo" sabe. ¿Montar "pa" salir a dar una "güeltita", sin rumbo fijo, a lo bobo? "¡Tuitos los días lo "mesmo!" Ya no hay en el pago rancho "ande" no haya "estao" el día anterior; tampoco "ande yegue" que no se sientan "autorisaos p'aconsejarlo apenitas" hable de su aburrimiento "ayá" en las casas.

—"¿Por qué no te casás, Toribio? A vos ti'hace falta una mujer... Ti'andás dando una vida regalada y yena'e vicios, y hasta has "abandonao" los bienes que te dejó el finao tu padre, en paz descanse, hombre del que jamás náides tuvo nada que decir — se desata alguna vieja con hijas casaderas, con intención de que se alce con alguna y deje de estarse las horas calentando sillas y haciendo "gasto'e yerba".

Pero Toribio es de parecer que esas cosas ha de aconsejárselas el corazón, y las indirectas, antes que animarlo lo acobardan. El es muy dueño de su persona, no necesita que "naides" le dé consejos y "muy menos d'esa laya". Por otra parte, el hecho de que se pase los días de rancho en rancho, incomodando a ocasiones con tal de matar el tiempo, no quiere decir que haya "bandonao" lo que le dejó su tata; que los ha descuidado un tanto, "ta" bien, ¡pero "di'hái" a que se dé una vida regalada y yena'e vicios!

Y en esas reflexiones, ha pasado mucho tiempo, apoyando los codos sobre la cruz de su caballo, mirando el campo por sobre el tuse, contemplando los animalitos, y finalmente el rancho; rancho panzudo, siyón, "descascarao", mostrando los manchones de paja que las lluvias han "dejao" al descubierto lavando el barro; las puntas de la cumbrera miran "p'arriba", vencidas por el peso de la quincha.

Un día, poco antes de morir, le aconsejó su tata:

—"No olvide m'hijo, que si en alguna ocasión se queda solo, no debe apurarse a buscar quien lo acompañe; la mejor consejera es la reflesión tranquila y fría, eya lo ha'e conducir por güen camino, ¿mi'oye?..."

Causa de ello es que Toribio ha pasado más del tiempo necesario sin decidirse a buscar su comodidad, creyendo interpretar los consejos del "finao" su padre, despreciando en más de una ocasión partidos que no se los merecía. Y como no hay regla sin excepción, Ciriaca, la hija de un vecino que vive a una legua escasa, con sus maneras de proceder ha cautivado su corazón, acariciándolo con miradas tiernas y mostrándose regalona, demostrando ser más inofensiva que un piche, condiciones que están muy de acuerdo con su manera de pensar; es la única parte donde ha llegado, sin que jamás se hayan interesado por saber "di'ande" viene y "p'ande" va.

POR

ARTURO JOSE VASQUEZ

Hace una punta de días que no piensa en otra cosa. Tampoco encuentra otra solución: casarse, o lo que sea, ya es tiempo.

En vida de la finada su "máma", el cuarto no estaba "ansina: cercao'e telas, minao'e vinchucas"; tampoco las gallinas le anidaban en la cama, como "áhura", que hasta le "ensusean" las "cubijas" las muy puercas, parándose sobre el respaldo.

Como se entrega un bagual, después de los primeros tirones, y ya blando el cogote "cabrestea" con porfía, Toribio se deja vencer por la idea, razonando así: "al ñudo es andar mezquinándol'el cuerpo a una hembra; si no ej'hoy será mañana, ¡qué diantre!"

Ya resuelto, y en trance de presumir, empleó más de lo necesario en preparar su caballo: echó un tuse media luna, que le salió "macuco", peló las "raniyas", emparejó la cola y hasta descarnó el "candao".

Ensilló impecablemente — como buen criollo — y vistió las pilchas domingueras. Exagerado en cuidar detalles no salió del tranco, con tal de no aflojar la cincha.

La oración venía borrando el día, cuando Toribio, chupando incesantemente de un "tramojo'e chala", llegaba al rancho de Ciriaca, llevando a la rastra un reguero de humo y la firme resolución de hacerla suya.

La coscoja dió el alerta a los perros — de todas layas y pelajes—que se adelantaron a recibir al recién llegado, en medio de un infernal bullicio.

—¡Juera! — intervino Ciriaca, apareciendo, e invitó desde lejos:

—Abajáte...

Toribio sonrió, sin obedecer, dando lugar a que la dueña de casa se atracara al estribo.

—Güenas...

—Güenas. ¿No te abajás? — insistió aquélla, tendiéndole la mano.

—No... ¿Y tu tata? — preguntó Toribio, echando un vistaso de precaución, sin soltarla.

—No hái náide en las casas... Tói sola... — le aseguró, haciéndole perder todo recelo.

Por un instante permanecieron de la mano. Al cabo del cual, habló Ciriaca, tironeando suavemente por soltarse, mientras sorteaba las pisadas nerviosas del blanco sabino.

—¿Qué te trái por estos laos?...

—Ando en busca de amores — contestó con intención Toribio.

—En el pago no han de faltar muchachas que te lo brinden...

—En vos he pensao — se apresuró a decir Toribio.

Ella bajó la cabeza. Fijó la vista en el suelo, y mientras con una mano estrujaba el delantal, con la punta del zapato escarbaba el suelo.

Ni apresurado ni lerdo, el mozo supo sacar ventaja de aquella situación. Apoyado sobre el estribo, inclinó el cuerpo, musitando al oído de Ciriaca, palabras que rayaron en audacia por su elocuencia.

Irguióse suavemente aquélla; su mirada fué todo una promesa. Y soltándose de un tirón, el rostro encendido como una brasa, corrió al interior del rancho.

Desmontó Toribio. Riendas arriba, recogidas, quedó el blanco sabino. Los perros no sabrían hablar.

★

Años después, los primeros rayos de sol tibio de una mañana de invierno, encuentran a Ciriaca en la batea, canturreando mientras friega apurada para entrar en calor. Los chijetes de roña se atropellan disparando por entre sus dedos tiocos, colorados por el frío.

En el palenque, el nochero, un petiso "gatiao", crines y cola abrojientas, hechas porra, el lomo ceniciento por la helada, parece aburrido, dormita descansando en una pata; y, más allá, unas torcacitas, arrullan al abrigo de un tronco.

—¡Toribio! — llama Ciriaca, desde allá, debajo de la enramada, donde lava.

"Tab'escuro entuvía" cuando se arrimó a la tina y "dentró" a "meniarle" puño a los trapos sucios, sin echarle nada al cuerpo, "venao".

Al instante se abre la puerta del rancho, y en ella aparece la figura desgarbada de Toribio; se dobla para no golpear con la cabeza en el marco. El mate entre las manos, la cabeza entre los hombros, hecho bola por el frío, se detiene en el entrepatio; mientras contempla el campo blanco como una sábana, chupa de la bombilla a tragos suaves y largos.

Toribio es de esos seres que la naturaleza hizo grandes, excesivamente grandes; buenos, demasiado buenos. No así Ciriaca: de poca estatura, menuda, insignificante, es todo lengua y nervios.

En esa actitud de mulita lo sorprende su mujer. Ya tiene motivo para empezar el día gritando:

—¡Ché, infeliz!...

—¿Qué le pasa, mi negra?... ¡Risién se levanta y ya s'tá enojada?... — responde aquél, buenamente, mientras atiza unas cerdas ralas: los bigotes.

¡Hembras!... ¡Jué pucha que dan que hacer!, piensa Toribio. Si uno las trata mal, es un mal hombre, un perdido; si se las trata bien, se abusan. ¿Quién las comprende? ¡Náides!...

En muchas oportunidades, Toribio ha estado a punto de cometer un "estropicio", pero se ha contenido a tiempo, sacando fuerzas de flaqueza, ganando el campo; tranco y tranco, a lo bobo, "pa distráirse", con tal de no "bajarle" la mano a su mu- [illegible] bueno, [illegible] con un palito "pa dibujar" entreteniendo, y así ha pasado las horas en el mismo sitio, como un biguá.

Los primeros tiempos de convivencia matrimonial fueron felices, se desvivían cumplimentándose mutuamente. Pero al poco andar, hubo de ocurrir lo inevitable: Ciriaca "dentró" a mostrar la hilacha. Por un quitame de ahí esas pajas, un día puso el grito en el cielo. A Toribio le causó gracia, rió. Rió de buena gana. "Vean el pergenio, se dijo, si es un contento verla enojada". Y la miró gozoso, divertido, desde allá arriba, donde tiene emplazada la cabeza contra el pescuezo.

La escena se repitió. Y con ello Toribió fué perdiendo autoridad. Ya no era él el que mandaba. Con las primeras luces del día comenzaban las órdenes de Ciriaca:

—"¡Toribio!... Qu'esperás pa ordeñar?... ¡Mirá que ya está el sol alto!, !Toribio!... ¿N'óis que cacarea una gayina en el cardal, dejuro que hái una nidada... ¡Corré! No sea que perdás el rastro; ¡Toribio!... Andá sacá la yaguané, que se ganó al máiz del inglés".

Este cuento de ambiente campero refleja en toda su intensidad, el drama vivido por un hombre bueno, a quien las intemperancias de su mujer lo llevan a provocar la destrucción de su propio hogar.

Y allá va Toribio, con la "pasensia" atada a los tientos de su hombría. Resignado, juntando calma "pa" no perder los estribos. En una ocasión que se propuso hacerla callar, gritó más fuerte, era tarde ya; había criado alas. Pensó en cortárselas, un talerazo era un "güen rimedio", pero él no era "d'esos, ¡qu'esperanza!"

—¡N'óis que te yamo, disgraciao!

—No t'he óido, Ciriaca... No t'he óido...

—¿Que no me ah'óido?... Lo que hái es que sos un vago. Si no juese por mí ya te habían comido los piojos. Hace un'áhura qu'estoy aquí amasando mugre pa matart'el hambre a vos y a tus hijos, y entuavía no has podido acarriarme un mate! — soltó Ciriaca como un rosario.

★

Y dando un puntapié a unos pedazos de escarcha que amagaban hacerle barro a un costado de la tina, reinició la tarea, con aire de triunfo, escrespada como "culeca".

—Calmáte, Ciriaca... calmáte... No es pa tanto... Ya mesmo te viá cebar — responde Toribio, y arranca apurado, arrastrando las alpargatas; el cuerpo doblado hacia adelante, brazos y piernas abiertas, y el sombrero en la nuca dejando en libertad un flequillo lacio que le castiga la frente, batiéndose al capricho de todo viento, se asemeja a una garza por levantar vuelo.

Poco dura el silencio que se ha producido entre ambos. El tiempo que ha demorado Toribio en cebar el mate. Aleteo y gritos desesperados de un pato criollo, picaso overo, alarman a Ciriaca, que viene al lugar del accidente, hecha una furia.

—¡Siempre sos el mesmo ciego! ¡No ves ande ponés las patas! ¡Disgraciao!...

—No lo vide, Ciriaca... no lo vide... — trata de justificarse Toribio, lamentando lo ocurrido, mientras contempla al palmípedo que se arrastra dando golpes con las alas, llevando a la rastra las patas muertas.

—¡Animalito'e Dios!... ¡Lo has reventao! ¡Era el mejor de tuitos! — gruñe Ciriaca, inquieta como una ardilla.

Toribio ha quedado embobado. Mira con pena al ave aplastada que parpadea ligero, mostrando los ojos enrojecidos por el dolor. El pico entreabierto cucharea al compás de una fatiga funesta.

Toribio no tuvo la culpa. ¿La pata entonces? Ah, ah... ¡Eya mesma! Sí, pues, sí... Eya, que pa no desmentir su condición de hembra, llevó cabestreando con promesas de amor al picaso overo, y acertó a cruzar la puerta justamente cuando una alpargata, retobándole un pie a Toribio, salía "apurada" del rancho y lo apretó al cruzar.

—Y áhura, ¿qué tiás quedao pensando? ¿Tas esperando que se muera sin desangrar? ¡Degoyálo! — interroga y ordena Ciriaca, siempre gritando.

—No te sulfurés, Ciriaca... Entuavía hái tiempo...

—No te sulfurés... — remeda irónica su mujer, con mirar de víbora.

—Tenía que ocurrir ansina — se atrevió a decir Toribio.

—¡La culpa la tenés vos, que nunca ves nada! ¡Pedaso'e pavo! ¡A este paso nos vamos a quedar sin un animalito; cuando no se mueren apestaos, vos los matás a pisotones! ¡Si qu'estamos aviaos d'esta suerte! — retó Ciriaca, sin respirar.

—Güeno, mujer... terminá... Mirá que me vaj'acer perder la pasensia — recomienda Toribio por milésima vez, con mucha calma. Y estirando un brazo la aparta suavemente; en vano aquélla manotea y rasguña, resistiéndose.

El incidente ha dado el alerta en los "gurises", que salen del rancho como de una madriguera, semidesnudos, bulliciosos.

—¿Ande van ansina, con est'helada? ¡Vayan pa dentro! ¡Machulo! ¡Simón! — grita Ciriaca tratando de cortarles la salida, sin conseguirlo. Los chicuelos la sortean gambeteando y los cachetes que tira se pierden por el aire.

Toribio abre los brazos para evitar que su cónyuge cumpla sus propósitos, y los "gurises", estorbándose, prendidos de las bombachas de su tata, esquivan oportunamente.

—Dejálos, Ciriaca... Dejálos... — interviene con mucha calma Toribio.

—¡Vos tenés la culpa que no me hagan caso los mocosos! ¡L'único que falta es que me suban a cabayo y salgan a dos laos conmigo! — recrimina aquélla.

Y dando más colazos que tijereta prendida en el lomo de un chimango, grita yendo a la tina:

—¡Vayan pa'dentro lej'he dicho! ¡Miren que les vié romper l'alma!...

Nadie obedece. Acostumbrados a ese trato, se interesan más por el ave accidentada. Acosan a su padre a preguntas. Las respuestas no se hacen esperar. Son amplias. Ante la expectativa de todos, el brazo maestro de Toribio impulsa la punta del cuchillo, que se hunde en la garganta del palmípedo, seccionándola. Dispara a borbotones la sangre humeante a coagularse en el suelo frío, y un perro barcino que se agregó al grupo, lame con delicadeza, procurando no alzar tierra.



ILUSTRACION DE ARISTIDES RECHAIN

Güeno... hái tienen — dice entregando el ave ya muerta.

Los "gurises" cargan todos a un tiempo sobre la presa; rasguños y llantos al instante rubrican la escena.

—¡Ep, ep!... Aurita mesmo se los quito — interviene Toribió, fingiendo enojo.

—Yo no soy, tatita — discúlpase uno.

—¡Ay, ay! A mí tamién papito — gimotea el más chiquito, perdiendo la ubicación preferente, debido a los empellones.

—Si m'hijito, a usté también. ¡Naides proteste!... Bayan payá'i solcito, al reparo'e las casas. ¿Mi'oyen?... — ordena finalmente el padre.

Profusión de plumas, conduce una débil brisa por el patio acerado por una sucesión de heladas.

★

El sol ha terminado su misión. Un cielo escarlata es el último rastro que deja a su paso. El frío aconseja recogerse temprano. En las ramas de los árboles, sin hojas por el invierno, las gallinas se agrupan a la intemperie; se oye alguno que otro piar de pájaros buscando abrigo para pasar la noche, y la majadita, por fuerza de la costumbre, viene llegando al corral.

A la débil luz de un candil, se mueven como sombras en el cuarto los "gurises"; domina el ambiente un apetitoso olor a pato guisado. En un rincón, arrumbado como un trasto viejo, sentado sobre el "recao", Toribio permanece silencioso, pitando. Con frecuencia debe responder a las ingenuas preguntas de sus hijitos, que vienen a sus rodillas.

—¿Vos no comés pato, papito?...

—Coma usté, m'hijito... coma usté... Ya v'a comer su tata...

Ciriaca, desde que ocurrió el incidente por la mañana, anda tiesa, entrompada, insufrible, dañina; todo lo hace con movimientos rápidos, groseros.

La cena toca su fin.

—¿Por qué no me servistes, Ciriaca? — interroga Toribio, yendo a tomar la última presa con la punta del cuchillo.

—¡Porque no se me ha dao la gana! — contesta aquélla de muy mal modo, cuadrándose a su frente.

—Nu'es una razón... — habla buenamente Toribio, llevando la presa a la boca, cual si tuviera temor por la actitud provocativa de su mujer.

—¡Vos no vaj'a comer, por bruto! — insiste aquélla, empeñada en su capricho, y en el colmo de su audacia, llevada por sus nervios, Ciriaca aplica sonora cachetada a su marido, haciéndole soltar el bocado.

La reacción de aquel hombre, manso como una oveja, es desgraciada. Enardecido por el golpe, ciego de ira, fuera de quicio, iergue su potente brazo esgrimiendo el facón y lo impulsa sobre su mujer con todas las fuerzas de que es capaz. La ese del arma detiene la trayectoria fatal de la feroz puñalada, chocando en el cuerpo blando de la infeliz, impulsándola contra el suelo.

Vomitando espumarajos de sangre por la herida abierta, al compás de una respiración dificultosa, exhalando quejidos de angustia y desesperación, la vida de aquella madre se apaga precipitadamente, ante la estupefacción de sus hijitos, que miran absortos de espanto una escena que no aciertan a explicarse, en tanto que Toribio, jadeante, con voz agitada, temblorosa, dice trabajosamente:

—Has visto, Ciriaca... No querías crér... Te dije que m'ibas a'cer perder la pasensia...



★ El Rostro Lacerado de Africa ★

por RAUL BOPP

Ilust. de GUEVARA



LA primera vez que llegué a Africa, fué en 1929, y viajaba en el mismo buque de carga un alemán de Buenos Aires, comerciante en vacaciones. Un tipo alto, conversador, con mucho de aventurero. Refería anécdotas de cacerías en Uganda: mister Sherer.

No creía ni poco ni mucho en los casos de mister Sherer. Pero en aquellos días de mar, iguales y repetidos, me entretenían mucho esas narraciones contadas con sabor de novela. Y me fuí acostumbrando a ver un Africa movida, salvaje, peluda, con muchedumbres de negros y elefantes.

Mister Sherer era un catálogo. Entendía de todo. Hablaba el "bantú". Había ascendido al Revenzori. Era amigo personal del rey de Abisinia, que por toda señal le regaló una pipa formidable.

Lo difícil para mí, después, fué desmontar aquella geografía esculpida a puro sol. Bosques a los empujones: había que derribarlos. Quería llegar al continente esclavo sin prejuicios de imaginación y ver las cosas con una cierta dosis de realidad. La tierra ofrecía asuntos fuertes y extraños. Interesábame formar de ellos una idea definida. Un reportaje en esquemas.

Un día muy de mañana, apareció en el horizonte la Table Mountain, una enorme tromba de piedra junto al mar. Horas después anclábamos en los muelles de Capetown.

Mister Sherer, todavía, al despedirnos, me dijo: "Mire, don



Bopp, el Africa" de que le hablé no es aquí. Es más arriba". Después siguió no sé para qué puerto adelante, con unas fierecillas que se traía a bordo.

El Africa era de hecho muy distinta. Esclava de una civilización de segunda clase. Sin expresión propia. Orgullosa y grotesca.

El elemento nativo quedó al margen. Segregado. Repudiado. No hubo absorción. Hubo utilización industrial, apenas.

Las ciudades enraizaron y crecieron sin color local. Sin "algo nuevo" en la fisonomía. Parece que fueran importadas, encomendadas. Plantadas sin la sal de la tierra. Los barrios están en zonas apartadas. En los lugares públicos unos carteles delimitan el perímetro exclusivamente europeo de lo no europeo. Hay un cordón que separa las razas. El negro no se mezcla con el blanco. Ni para rezar, aunque pertenezcan al mismo credo. En Orange y en el Transvaal la iglesia de los negros se abre en un barrio especial. Tranvías, cinemas, salas de té, en donde penetra el nativo, el blanco no entra.

Lo mismo acaece en relación con los asiáticos. Algunos años atrás la Cámara de Comercio empeñábase en la exclusión total de esos elementos del territorio de la Unión o la fijación de los mismos en zonas aisladas fuera de las ciudades. Hasta 1926 ya habían sido repatriados más de 60.000 hindúes. Coolíes chinos que habían sido traídos especialmente para tender las líneas férreas, fueron vueltos a la tierra natal, bien pronto terminaron los trabajos. No quedó uno solo.

★

Quien arriba a Africa —me estoy refiriendo al Africa del Sur— siente como primera impresión que se halla ante una tierra bravía. Fáltale cierta ternura cordial, algo más de sentimiento de vida. De ahí esa ausencia de alegría, ese aire lúgubre en todo.

Tal vez ese embotamiento provenga de un fondo continental inconsciente. O por las preocupaciones de lucro acelerado de quienes llegan hasta allí. O tal vez todavía, cierto exceso de iglesias.

Hay una sobrecarga de preceptos bíblicos. La naturaleza humana amarrada a las frases bíblicas. Las varias sectas religiosas ejercen un severo control en los espíritus, vigilan la vida pública y privada de los habitantes. Existen centenares de templos esparcidos por las ciudades.

Es frecuente que trasciendan al público las discusiones escolásticas de los pastores, vesleyanos, anglicanos, presbiterianos y muchísimos más. Ocupan a veces la prensa diaria y no es raro que embarquen también a los tribunales en las cuestiones. Jamás se hallan de acuerdo en materia de fe, pero en el fondo, todos concuerdan con la iglesia del Estado, que es boer —Dutch Reform Church— con el 55 por ciento de los fieles de sangre europea. Forman, entonces, un frente único para impedir que la población blanca se pierda en el pecado.

De ahí esa reglamentación de la alegría, con especificación de dosis y "modos de usar". Los domingos, por ejemplo, es obligatorio el rezo. No hay diversiones. En todo el territorio de la Unión Sudafricana no funciona un solo cinema. No hay partidos de football, no se juega al golf, ni al tennis, ni se realizan corridas de caballos. Todo eso se hace los sábados por la tarde.

A la una cierra invariablemente sus puertas el comercio. No queda una sola casa abierta. Todo desaparece. Los judíos se van a las [illegible]. Otros aprovechan la tarde practicando algún deporte, porque al día siguiente los clubs no abren sus puertas.

Hace poco tiempo realizóse el gran congreso de la Dutch Reform Church, con la asistencia de 322 ministros. Quedó convenido prohibir terminantemente a los fieles la danza y cualquier suerte de pasatiempo los domingos, con excepción de la lotería en las iglesias...

Pero no es esto todo.

El domingo no hay programas de radio: el séptimo día debe ser consagrado a los pensamientos puros. Nada más. Los broadcastings irradian tan sólo cantos cristianos de liturgia o música sagrada de órgano.

El tango fué definitivamente condenado.

En el interior la vida de las chacras se detiene, se paraliza.

Si uno tiene la desventura de almorzar en la casa de un boer, puede estar seguro que después de la sobremesa —leche con cebada— sucederá la Biblia.

Y el dueño de casa, con las barbas a lo general Cronge, se cala los lentes y deshilacha versículos durante algunas horas. La digestión se realiza pacientemente, a veces favorecida por un capítulo de Jonás.

El Africa de sangre europea sólo se divierte en familia.

No existe alegría en abundancia. Les falta algo de amable en la sensibilidad reseca. En el fondo prevalece todavía un colonialismo áspero, que se trasunta en los rostros amargados.

Percíbese, de llegada, la apostura de una civilización mercantil. Sangres cansadas. Gente repetida, sin valores desconocidos.

Africa ya vendida, sin nostalgias, sin voces, sin mandinga, seca y salada.

El desierto venció al hombre.

De allí adelante, Karroo: piel de arena debajo de aquellos cielos permanentes. Vegetación espinosa y rastrera, como arañas: el "busch".

Por la noche parece que brotaran esqueletos de entre las sombras.

Faltó en ese ambiente pesado de sol un denominador común que diese a las agrupaciones un fondo solidario sin esas pronunciadas demarcaciones étnicas. Prevalecieron, sin embargo, barreras de religión y de raza. La población europea se fracciona en pequeños sectores, con un lastre anglomedioeval anacrónica y grotesca.

Abastecióse de himnos y oraciones. Hízose de un paladar antiprotano, con altas obligaciones de conciencia. Asimismo hay más odios, más pasiones rencorosas, que ternura.

En Africa del Sur no hay sexo: existe el matrimonio.

Las relaciones de ese orden no van más allá del perímetro doméstico.

El setenta y tres por ciento de la población blanca, en edad matrimonial, ya está casada. La juventud se queda presa en la familia. Con el sexo subyacente. La D.R.C. y el clima sitian agresivamente al individuo soltero. Existe hasta una sociedad en Londres —The Society for the Oversea Settlement of British Women, cuya dirección por lo que pudiere, es esta: Caxton House, West Block, Thotill Stret, Westminster S. W. 1— cuya razón de ser es la de suministrar mozas y viudas de sangre inglesa para todo el imperio, de tal manera que no produzca el desnivel estadístico entre las poblaciones masculinas y femeninas. Todo eso bajo la apariencia de fórmulas de empleo honesto, templado con un alto rigor de moral, como a las leyes del ambiente.

De este modo se consigue sostener un Africa sin mezclas, sin conjunción con otras sangres. Ni se concibe tampoco, en este clima de altos principios, una evasión de instintos que aparten al hombre de aquellas líneas de moral sin mácula del Africa del Sur.

Estaba yo aun en ese honestísimo territorio cuando leí en los diarios, en la sección policial, un caso de "Tar and Feather", de justicia con plumas de avestruz: una patota enmascarada, en la noche, carga con un individuo que "delinquió" y le llevaron a las afueras de la ciudad, lo pintaron de alquitrán. Después lo cubrieron con plumas de avestruz, abandonándolo en la calle.

"Son casos comunes —díjome un descendiente de los Wortreakker. Es la guerra al [illegible] negro. Nuestro pueblo no tolera nuevas plantaciones de sangre.

Repare usted en las cifras demográficas: un blanco cada siete nativos. (En los Estados Unidos la proporción es de un negro cada quince blancos). El problema exige aquí una posición de defensa. Un verdadero "front" de razas. Nos es preciso mantener intransigentemente un "Western standard of life", garantizar la continuidad de la civilización cristiana de que somos herederos.

Toda nuestra fuerza reside en la Biblia. Nuestro poderío tiene raíces en el fondo de las minas".

El hombrecito comenzó entonces, a explicarme, con detalles aritméticos, lo que era, por ejemplo, el "Witwatersrand" con las minas de oro: verdaderos cráteres agujereados por la ingeniería. La "Village Deep" alcanzó, hace dos años a 7.640 pies de profundidad. No prosiguió a niveles más bajos porque el trabajo, en llegando a ese punto, casi no compensa.

Las minas de la Unión abastecen más de la mitad de la producción mundial de oro. En 1930 Transval contribuyó, sobre el total estadístico, con un porcentaje de 52.5. Los demás países productores de oro apenas si contribuyeron en ese mismo año, con los siguientes coeficientes. Estados Unidos, 11 o/o; Canadá, 10.4 por ciento, Rusia, 4.3 o/o; Méjico 3.3 o/o, Australia, 3 o/o; Sur-Rhodesia, 2.8 o/o; India, 1.6 o/o; Costa de Oro, 1.2 o/o; Japón, 0.18 o/o; Congo, 0.07 o/o. Anoté esas cifras oficiales, expuestas en una pizarra en Capetown. Del oro del Brasil no se hacía la menor referencia. Ni del oro del Perú. También anoté lo siguiente: las minas de la Unión Sudafricana —oro, diamantes, carbón, cobre, estaño— ya rindieron hasta el 31 de diciembre de 1930, la suma de un billón, 530 millones, 609 mil 796 libras esterlinas...

Estas cifras no me conmueven, sin embargo. Lo que conmueve a un forastero es la situación actual del negro: 308.506 individuos trabajando en las minas. En aquellas galerías sofocantes y ardientes, a más de dos kilómetros bajo la superficie del suelo, un hormiguero humano carcome la tierra. El "jackhammer [illegible] un instante, agujereando aquellas caries fantásticas. Muévense en esos intestinos geológicos, entre lumbres [illegible] espantosos, moliendo rocas. Tragan el aire traído por las máquinas.

Allí no clarea el día, ni obscurece la noche. No existe más que el reloj, midiendo cantidades de trabajo.

En esa lucha subterránea el negro necesita de una resistencia excepcional. Son escogidos entre los más fuertes, en una selección del 40 o/o, los que se ocupan en el "drilling rock". Trabajan delante de la roca virgen, respirando el polvo del cuarzo, tostado al calor lento.

Tiempo después, cuando esos hacedores de cavernas vuelven nuevamente a la luz del sol, salen hechos unos atletas desgarbados, los pulmones marchitos, las narices hinchadas.

Pocos años atrás, los responsables de la "Witwatersrand Mines" impresionáronse con las cifras de los tuberculosos. Construyeron entonces dos hospitales y un sanatorio para una "antepri[illegible] stage of phtisis". En 1927, organizaron, en combinación con la firma Dreyfus y Cia., unas factorías textiles para suministrar trabajo a las familias sin jefe, víctimas de aquellas catacumbas del oro. Datos oficiales: casi 1.400 casos por año, invariablemente. En marzo de 1931, 5.026 viudas negras estaban, de este modo, a salvo del hambre, gracias a la ternura del alma de los magnates blancos.

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks









DE MAL EN PEOR









BARCAROLA









RUGIDOS EN LA SELVA









LA CAPOTA NEGRA

POR

ISABEL ALONSO DEYRA

ILUSTRACION DE ROJAS

TRES hijas solteras dejó el coronel Manso cuando, harto de vivir su apellido junta a la belicosa doña Barbarita, su mujer, se le ocurrió morirse de unas fiebres primaverales. Había demasiadas mosquetas ese año, y el levísimo y apetecible olor de buena ensalada que exhalaban los racimos en los pretiles, verjas y paredones lo traía desasosegado, refrescándole en la memoria sus octubres de teniente. Sólo en la memoria, conste. Doña Barbarita era un cerbero irreductible. No valían contra ella ni espadas de forja mágica, vale decir, mentiras de marido aburrido con tiempo de sobra para urdirlas. Sólida como Juno, su tipo y su porte delataban larga ascendencia de mandones, y al menor amago de rebeldía decretaba la ley marcial.

Una clara tarde el prisionero a perpetuidad — reuma, hastío, morfina — notó que tenía ojos nuevos. Todo lo veía suavizado, liviano. El aire musical de la retreta, un aria de ópera de tarlatán, llegó a emocionarlo como las notas hondas, gorgoteantes, del órgano de la iglesia cuando él era niño y se arrobaba frente a las mangas de fray Anastasio, su catequista. Cosas viejas, recuerdos, siluetas perdidas, empezaron a desligarlo de este mundo, cortándole al pasar los hilitos innumerables con que el corazón se ata al barro y al rayo de sol. Primero fué una górgola con vetas rojizas del patio colonial de su infancia; luego, un sobre perdido entre las páginas de un devocionario; en seguida, un reloj de cuco, el rostro de la madre, la perilla de un general. Paladeando un recordado aroma de canela se acomoó mejo en el sillón y cruzó las manos en el remedo de un obispo difunto que viera muchos años atrás. En pos de la imagen de un fogonazo y un fusilado al pie de un muro, lo sorprendieron los ojos verdes de Salomé, su hija menor. Miraban hacia arriba, desmayados en un ruego, con la expresión de altura incalculable que tienen las cuencas de esa Santa Lucía de barro coloreado que nunca falta en el taller del santero. Los siguió trabajosamente en su viaje. Cerca del techo, se abría un portillo sin cuadrículas infamantes. Fuera esplendía la luz, la luz que emborrachaba los insectos meleros en el corazón de las mosquetas. El alma del coronel aprovechó el resquicio y, sin santo y seña, se machó.

Por primera vez se dió el gustazo de que sus piernas no obedecieran al "levántate" de doña Barbarita que volvía de novena y triduo y averiguar el verdadero estado civil de la esposa del gerente del Banco, y que no acertaba a explicarse cómo en su casa había ocurrido tamaño suceso sin su permiso. (En aquel instante, o bien el coronel, de puro infeliz, hubo de empujar a un bienaventurado en su escalón celeste para esponjarse, o, rumbo a comarcas de expiación, Caronte machacó el cráneo de otro precito por dejar lugar al único pasajero alborozado de la tanda...) Pero ni ese traslado lo dejó gozar bajo su recuadro de santoninas en el cementerio de Quintové. Allá se fué ella a los pocos meses, a disputarle sitio en la tierra y signos de admiración en el epitafio.

Solitas quedaron las niñas, todas tres, como en el antiguo romance. Las niñas... Cuarenta y dos navidades tenía Pascualita; Romilda, las primaveras impares del Cristo, y una sonta de veinticinco páginas, a una por verano, era la vida del oro de la casa, de la copa de cristal, de la manzana nueva: Salomé.

La soledad de las Manso puso banderín extraordinario en la veleta de la estación por cuyos andenes las casaderas del pueblo paseaban tusores, cuellecitos blancos y nostalgias de un tren que pasó. Al divisar la esfera anochecida de las copas punteadas con lamparillas de naranjas o la capucha monástica del ciprés de la quinta, vibraba el comentario, volando bajo, con bordoneo de lechiguanas.

—¿Qué harán ahora en esa casa tan grande, con tanto árbol?

—Pascualita hará oratorio.

—Romilda abrirá escuela.

—¿Y Salomé? — ¿Quién se animaba a imaginar los proyectos de la más moza de las hijas del coronel? Cuando el hecho escapaba a la intuición de la sobrina del procurador, la hija del comisario y la hermana del médico, seguro era que mediaban... libros. Cuestecilla de buenos autores conducía como una escarpa limpia, resobada de lluvias, a un fino espíritu de mujer.

—Esa no llevará la capota — opinábase la mayoría.

La capota resultaba un signo distintivo de los Manso, una especie de escudo que proclamara fueros de señorío, señorío un tanto ñoño y ridículo. La había ideado Pascualita, alelada ya, cuando entendió las verdades del espejo y lo maldijo acordándose del Señor y de la higuera. El tal gorrete de seda fruncido evocaba con su remolino de plumas negras una imagen cruda de gallinero en duelo que hacía anchear las bocas al paso de la señorita, tiesa en su gró heredado, sin una arruga los mitones y el corbatín.

Seguíala Romilda un paso atrás para no quitarle jerarquía. Menuda, frágil, la segundona avejentábase veinte años con la capota de marras, cuyas bridas anudadas en la barba encerraban el óvalo puro del rostro con su mariposa negra. Eco de la otra, su vivir se vertía mansamente por las mismas cortaderas, acaso no conforme, pero sí sumisa. La mayor tiranizaba su voluntad con el prestigio de un miedo vago, indefinible que la torturaba como una penitencia cumplida en frío.

Bien escondida tenía una devoción: los niños. Cuando se arrodillaba en la grada del altar donde las puebleras la veían con inquietud (¡no fuera a hacerle caso el santísimo sordo!, ella no pedía novio. Tan sólo le envidaba la carga tibia del retoño de Dios.

—Si me lo dejaras, un ratito...

Esto, a solas con su alma, pues la dictadura los había definido irremediablemente, sin apelación posible.

—Con un tambor o un pito son el diablo con cuernos. Y sin pito ni tambor en nada mejoran el retrato.

Salomé las veía irse a su trajín de cada día, menudo e inútil, como a esas figuras desvahidas en los cuadros de multitudes, que vueltas de espalda están véndose siempre en una borrosa lejanía inacabable.

Alguna vez se irán y no vendrán más... Este pensamiento sin asidero le llevó la mirada tras las hermanas que salían. Sintió que una ternura extraña por la dócil amedrentada le llenaba el pecho, haciéndole nacer un deseo tenaz de luchar contra la gigantona que tenía la llave de ese cerebro como una más en su llavero de ama.

Venida la noche con su coro de ladridos y ranas, las tres coincidieron en el comedor, un poco grande para aquella trinidad y un tanto frío a pesar de diciembre y de las rosas que llameaban en cacharro de plata sobre la mesa. Pascualita le notó el aire desafiador no bien traspuso el umbral y, aun no queriéndolo, se figuró dentro del vestido gris de la joven a una Juana de Arco resplandeciente, la única elegida a quien no se encomendaba por antipatía inexplicable hacia las mujeres de campamento. Parando golpes antes del saludo, tronó contra las niñas modernas, tan sin miedo y tan rebeldes. Dirigíase a Romilda, oyente obligada que, sin saber que hacer, se contaba los dedos o seguía empeñosamente con una corteza de pan el contorno de un racimo del mantel.

—Hacen mucho camino de soberbia y muy poco de humildad...

—Es una opinión — aseguró tranquilísima Salomé.

Pascualina saltó igual que cuando veía un tábano:

—¿Opinión?

—¡Claro! Mi gran amigo el padre Viñas se espanta de algunas beatas de Quintové que siguen la vía del Calvario como los sayones y no como las Marías, precisamente.

La solterona parpadeó boquiabierta y —sin tino— se untó de crema la mejilla con el trozo de pastel pinchado en su tenedor.

Frente a la quinta de los Manso había una casa abandonada al parecer, en cuyo portal las nubes de tierra de cada tormenta dejaban abundosa carga. En los altos, los vidrios del mirador encequecían bajo el polvo, y uno que otro rastro de agua les marcaba estrías barrosas. Por un portillo entraban y salían, a pleno sol, las palomas de la vecindad. En el atardecer, blancas, siseadoras, las lechuzas se hundían en la tiniebla del corredor, y un gato alzado hacía equilibrios sobre el tapial bajo el que una hiedra añosa se aferraba con furia. Nunca una mano, un rostro, un grito.

Pero aconteció que una mañana se abrió la puerta de par en par, los cristales brillaron y un jardinero, un viejecito curador de plantas, recorrió las sendas con su carretilla llena de gajos. La estampa de Jaime Zaldívar, un tanto agobiada, volvía a cruzar la calle sola. En la vidriera alta un cara de mujer enferma miraba techos y nubes con ojos insomnes. A veces, abríase el balcón, y el dosel de una cuna cortaba al sesgo el rectángulo del vano. Mirándolo, se le doraban las pupilas a Romilda, y luego abatía la frente. Pascualita la sorprendió y fué a enredar cizañas en el almácigo, presumiendo que alguna semilla guardaba cielo todavía.

—Pecado sobre pecado. Dicen que ella era artista, que bailaba apenas vestida, cuando se casó con Jaime.

La señorita menor sintió en las orejas el calor de su sangre.

—Está muy enferma, dicen... — suspiró.

El cuchicheo fué como una mordedura.

—Y dicen también que espera...

Salomé, oculta en la glorieta, había observado al vecino, de codos en el balcón, mirando — sí, mirando — con cierto interés la quietud de la quinta, como si le atrajeran las tinajas panzonas de las pitas, el cortinaje ralo de las parras, o la escuela de pájaros del ciprés. Recordó que cuando ella era niña, las gentes de aquella casa y las de la suya vivieron en estrecha amistad. El coronel Manso había iniciado a los muchachos en problemas de táctica guerrera con un centenar de soldados de plomo, en tanto que un fogonazo asmático jadeaba "El paso del Yalú" y Naña Fasta, la abuela de Zaldívar, habían adiestrado a Pascualita y Romilda en complicadas labores de ganchillo. Pensaba en un Jaime joven, rubio y crespo, de cachetes rojos como los de un muñeco barato, que dejó de visitarlos antes del desbande total de la familia, según decires, para pasearle la calle a Romilda. ¿Cuántos inviernos arañaron los troncos con sus agujas de hielo, desde entonces?

Vió a la hermana que se preparaba para salir.

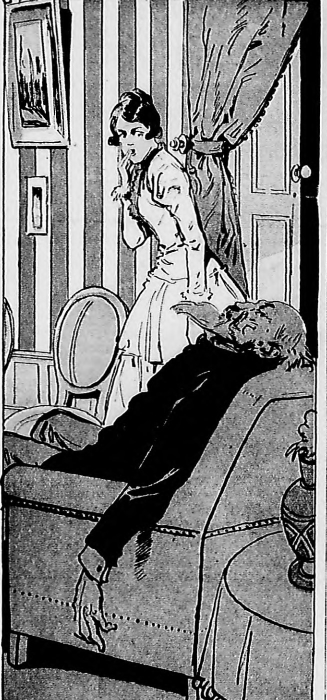
—Esa capota...

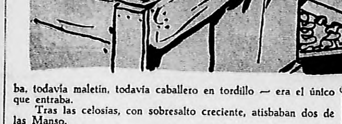
Tembló por la posible ilusión del hombre de cabello cenizo, del hombre que desde la orilla de la otra vida, quizás mirara el pasado. Y le pareció que entre los naranjos había niebla, mucha niebla.

Llegó la cigüeña esperada en la casa del mirador. Pero fué la cigüeña negra, la que lleva un anillo con signo de cábala, la que deja el niño y se lleva la madre.

Por muchos días hubo clausura de ventanas después del paso de la muerte. La carretilla del jardinero, volcada, decía ocios extraños mostrando su rueda herrumbrosa donde se enroscaba un brazuelo de hiedra. El viejo médico de Quintové — todavía barba, todavía maletín, todavía caballero en tordillo — era el único que entraba.







Tras las celosías, con sobresalto creciente, atisbaban dos de las Manso.

—El niño...

Olor de cedrones remecidos, de toronjas remojadas por el chubasco, expandíase en la penumbra. Aprovechando una ausencia de Pascualita preparada con maña, con cálculo y con no poca gracia, Romilda y Salomé concluían de tejer minúsculas cosas indescriptibles en presencia de la señorita mayor. Salomé sonreía pensando en el susto que le avecinaba a la tímida.

—Y si ha de ser en secreto, ¿quién lo lleva?

Palideció Romilda y se le escaparon tres puntos de un escarpín. Y más se acongojó cuando la otra, luego de acicalarla, la despidió en la puerta con una orden terminante: —¡Cruza! — Dió un paso, intentó volverse y se halló con el relámpago de unas pupilas que guardaban la puerta como las de un ángel terrible. Tambaleante — emoción y tacones novicios — empezó el camino que le resultaba árido y pedregoso, tal un campo de ajusticiados.

Recién se endulzó el mirar de la guardiana.

—¡Por fin! — La dócil, la simple, iba remozada y lozana a la conquista de su propio destino. Un rayo de sol callejero entró con ella por el zaguán y resplandeció en los vidrios azules del mirador.

Doce meses más picotearon las puebleras en el puñado de granos del idilio.

Una tarde regresaron la primera y la última de las Manso de la estación de Quintové. Una, sombría y vencida: la otra, mirándose corazón adentro. Imágenes fugaces le adormecían los ojos, alindados por el ensueño. Su ardid, el noviazgo junto a la cuna, el niño sano en brazos de Romilda, la boda. Y un tren huyendo, huyendo lejos con su carga de amor.

Frente al espejo se quitó los guantes.

—Jaime...

La mujer gris que quería sonreír allá en el fondo tenía ese nombre clavado en la frente. Abrió un cajoncillo del tocador y le cosquilleó en la palma un redondel de plumas.

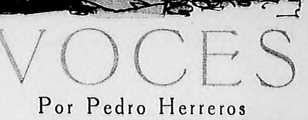
—¡La capota!

El gorrete negro que usara la ausente estaba allí con su embrujo de silencio, de paz, de renunciamiento. (Toques pausados de novena — palomos ahitos — comenzaron a caer de la espadaña parroquial). Alzó con mano firme el adefesio y, sin cerrar los ojos, se lo puso. Todo Quintové la señaló con el dedo y, para escarnio, se llevó el índice a la sien, barrenándola.

Salomé supo sonreír desde su altura, como una estrella sobre un tunal.



VOCES



Por Pedro Herreros

Hay cráneos abovedados magníficos, que son el templo de la luz; y hay otros deprimidos, aplastados, que son la losa de los sueños.

★

El matrimonio, en general es un duelo a muerte que suele terminar con uno de los cónyugues.

★

El camino de la santidad está empedrado de miserias humanas.

★

Una de las cosas más divertidas de nuestra sociedad es que, en general, la Justicia ande en manos de tipos ajusticiables.

★

La marca de mercader del librero, puesta sobre la pureza de un libro de versos, ya no es una marca, es un estigma.

★

Pascal no le perdona a La Bruyère "sus opiniones completamente paganas sobre la muerte". La muerte debe ser cristiana, según Pascal, con lo que se quiere corregir un error con otro mayor. La muerte no puede considerarse con criterio religioso, porque no es ni pagana, ni cristiana, ni mahometana, ni judía. La muerte, a veces, es natural; generalmente, es prematura; y, siempre, hasta en los que se suicidan, es simplemente desagradable.

★

Hay muchos tipos que, por el camino de la Justicia, irían a la horca; pero por el de la Política, llegan a ocupar los más altos puestos.

★

El taco Luis XV es el punto sobre el que se erige la vera efigie de la Liviandad.

★

Con la melena, las mujeres se han quitado un peso enorme de encima... Se han hecho más ligeras... más ligeras de cascos



Monos de Rodríguez



EL año 1934 trae un cambio fundamental con respecto al de 1933.

La Argentina entrará a regirse por el planeta Venus, habiendo finalizado el ciclo solar. Desde ya, se [trata] del año astronómico que comienza el 21 de marzo 1934.

Este es un período sumamente importante para la República Argentina.

La influencia general del planeta Venus determinará una serie de acontecimientos, que deben esperarse con optimismo.

El aspecto más interesante de estos cambios es el que se refiere a las relaciones de la Argentina con el extranjero.

Se harán tratados importantes con el exterior, contratos de comercio, negociaciones, acuerdos diplomáticos, etc., que beneficiarán notablemente al país.

La consecuencia más inmediata de estos hechos ha de consistir en la valorización de nuestra moneda legal.

Con respecto a los demás países, nuestra unidad monetaria adquirirá un valor considerable, destacándose los meses de mayo y de octubre para este proceso.

Este rol de la Argentina que se destaca en el orden internacional, ha de cumplirse con países sudamericanos, sobre todo.

Obsérvase por la influencia del planeta, que nuestro país será solicitado por naciones vecinas para arbitrajes, realización de conferencias y formación de una Liga Pacifista.

La situación económica de la Argentina en el año 1934, puede deducirse claramente.

Hagamos notar, a título de curiosidad, que los mismos economistas relacionan las etapas económicas con aspectos del mundo astronómico. Harto conocida es la ley que pretendió fijar la duración de la crisis relacionándolas con la aparición de las manchas solares.

Aunque no es tan simple la cuestión, las economías de los países reciben las influencias de sus planetas.

En el caso de la Argentina, promete mejoras considerables para los comerciantes que practiquen un comercio regido por Venus.

Se beneficiarán, en consecuencia, los comerciantes en perfumes, los joyeros, los vendedores de artículos de tocador, casas de peinados y de tratamientos de belleza física. Lo habrá de suceder con las grandes tiendas con sus sedas de colores claros y vaporosos, preponderando el celeste y el crema.

★

El arte recibirá un impulso poderoso, en todas sus manifestaciones. Las casas de música darán salida a hermosas composiciones. Se destacará el buen gusto con que trabajarán las fábricas de muebles, y aunque no se preocuparán en que éstos sean resistentes a la acción del tiempo, los ofrecerán con las ventajas de delicadeza y vistosidad.

Las confiterías estarán de moda, más que en otros años, agregando a sus salones detalles de buen gusto, comodidad y armonía.

Brindarán un ambiente propicio los lugares de recreo y permitirán buenos negocios a las compañías de excursión.

1934

Las industrias que se destacarán y que anuncia la influencia del planeta son la lechera, las de paños, curtiembre, frigoríficos y colmenares.

La ganadería se colocará en lugar de privilegio, porque los animales serán más sanos. Se sacarán buenos productos de toda clase de ganado y aves en general.

En las exposiciones se verán hermosos ejemplares de animales. Podrá esperar con optimismo toda persona que exponga sus productos, los cuales serán bien recompensados.

Abundarán las manzanas y ciruelas.

En cambio, este año no es propicio para los cereales. Las cosechas no serán abundantes, pero de esto no puede deducirse malestar para el país.

No es preciso detallar otras producciones. Bástenos tener en cuenta que existen miles de vegetales regidos por Venus.

★

Para las personas que tengan el planeta Venus dignificado, se presentará el año 1934 con buena suerte. Harán buenos negocios, formarán sociedades exitosas, etc.

La música de este año será suave y melodiosa, en general. Será muy aceptada por el público. En la música se encontrará el origen de muchos amores verdaderos.

Habrán más casamientos que en otros años (contradiciendo la ley ingenua que relaciona la cantidad de trigo con la cantidad de matrimonios).

Las uniones difícilmente se tornarán desgraciadas.

Este año es propicio para la mujer, cuyas cualidades buenas se destacarán con mayor facilidad. Aunque esta influencia suele pasar desapercibida, se presenta ahora fortalecida, puesto que el planeta Venus es femenino y obra benéficamente sobre la mujer en geenral.

Los partos serán más felices. Los nacidos bajo la influencia de Venus, tienen mucha suerte en la vida.

★

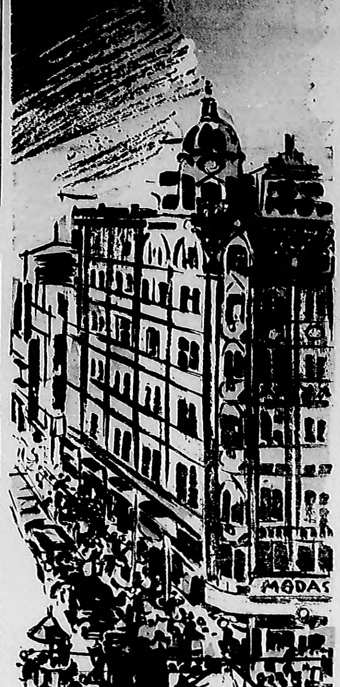
En el año 1934, se formarán importantes aspectos con los planetas Júpiter y Saturno, que en varias épocas estarán en un trígono siendo ésta la situación más benéfica que se pueda desear.

Júpiter y Saturno estarán dignificados. Todo aquel que nazca en un buen aspecto de ellos, vivirá con ellos.

★

Como los aspectos de Saturno y Júpiter son los más importantes del año 1934, daré una explicación exacta de sus significados.

Saturno en Acuario trae éxito en sociedades, compañías y grupos donde se presenta un trabajo o actividad común. A la persona influenciada por él, la destaca adquiriendo honores y reconocimientos, además de autoridad y mando.



La posición es buena para todo aquel que tenga puestos de importancia en relación con el público, con el gobierno o en grandes compañías.

Pero especialmente se beneficiarán con ella, los influenciados conservativos, reservados y autocráticos, que son los más capaces de adquirir popularidad.

Júpiter en la Libra ayuda a esta popularidad, asegurando la estimación de los semejantes y las buenas amistades.

Esta posición también es muy propicia para el matrimonio, prometiendo viajes cortos o largos con provecho y ganancias.

Los días en que se producen estos buenos aspectos, son los de la segunda mitad de febrero; en el mes de marzo, en la primera semana, en los primeros días del mes de abril, en los últimos del mes de agosto y en septiembre hasta el día 8.

Los que nacen en el año 1934, bajo estos aspectos, les resultan benéficos. Constituirán una generación rebelde y de gran poder.

Tendrán capacidad para desarrollar el espíritu investigador, viajarán por el mundo, e inventarán con éxito.

★

Cuando el Sol se allega en conjunción con Saturno en Acuario, en febrero, trae para los recién nacidos un destino muy duro y a veces cruel, según la herencia y ambiente que le proporcionan los padres.

La niñez será para estos nativos sumamente dificultuosa. Tendrán poca armonía con el padre, pero en años venideros, cuando hayan salido del período de la niñez, poco a poco conquistarán un destino más favorable, prodigando amistades y tratos con las personas influyentes y poderosas.

Los nacidos bajo la constelación de Acuario, varones, estarán dotados de una gran inteligencia y de sentimientos profundos y generosos. Las mujeres nacidas bajo el mismo signo, se casarán tarde, por sus caracteres retraídos e indiferentes. Si se casan en la juventud, lo harán con hombres de mucha edad.

Recién entre los treinta y cuarenta años empezarán a tener fortuna y posición.

★

Los nacimientos a mediados del mes de abril, que es cuando el Sol está en conjunción con Urano, dan una individualidad excéntrica y fuera de lo común a los nativos. Adquirirán una manera de pensar positivista e imponente. Esas futuras personalidades deberán cuidarse de obrar impulsivamente, puesto que por su franqueza, les faltará mucho tacto y reserva.

Pero esta posición brinda muchas energías, disposición inventiva y constante optimismo. Los nacidos en abril serán muy independientes y personales, y a raíz de ello originarán en sus vidas muchas oposiciones y separaciones. Se sacrificarán por sus ideas. Entre estos nativos pueden surgir algunos geniales.

Los nativos de este mes de sexo femenino deben ser sumamente cuidados por sus padres, porque la influencia planetaria les trae casamientos prematuros y precipitados, que acarrean grandes trastornos.

El sistema nervioso de varones y mujeres sumamente sensibles estando expuestas las criaturas a sufrir mucho moralmente.

★

Los que nacen a mediados de agosto son de un gran corazón y de una nobleza a toda prueba, pero están propensos a recibir herencias maléficas. Tendrán gran afinidad con la madre, sintiendo por ella mucho cariño. La profesión y el matrimonio les prometen buena suerte. Serán personas felices pero deben cuidarse de vivir la vida muy apresurada.

★

Los que nacen en la primera semana del mes de septiembre resultan proclives a la música y a la poesía. Estas artes les traerán honores y reconocimientos. En algunos se desarrolla un instinto extraño, siendo inclinados a la vida retraída.

En otros puede desarrollarse una extraña maldad, pero dependiendo del ambiente en que se han creado.

Si se les cultiva la inteligencia serán útiles para el mundo, pues poseen un talento meditativo. Si por el contrario se abandona a estos niños y se forman solos, proporcionarán desilusiones a los padres.

Las afecciones que adquieren son principalmente psíquicas: la histeria, el engaño constante a su propio yo; los que nacen a mediodía podrían sacar provecho como comediantes, carrera que les deparará gran fama.

★

Los últimos días de octubre y primeros de noviembre, traen a los nativos, bajo la conjunción del Sol con Júpiter una gran suerte para sus futuras empresas. Podrán resultar personas de mando que adquieran una gran popularidad. La profesión que más se adapta a ellos es la abogacía. Si nacen a mediodía, tendrán inclinación a los puestos diplomáticos, destacándose por sus buenas cualidades y claro discernimiento.

★

Tales son las fechas más importantes del año 1934, con respecto a los nacimientos.

★

El tiempo, en el año 1934 tiende a ser húmedo; a principios del otoño será más bien caluroso, pero con alternativas, el comienzo del invierno será seco, pero a mediados y al final, húmedo y frío. La primavera se presentará con lluvias. El verano caluroso.



Por CASANDRA

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

Museo de la Confusión

Es indudable que entre nuestros grandes poetas pasados a mejor vida, el platense Almafuerte o su alias Pedro B. Palacios, fué uno de los que más se distinguieron por su originalidad y por las múltiples circunstancias extrañas y accidentes sufridos.

Releyendo días pasados el peligroso poema La Inmortal, pude apreciar hasta dónde se extendieron los percances de que fué objeto. Escuchemos lo que nos dice en el siguiente fragmento:

¡Qué! ¿No tienes amigos amables
que te ponen el pie cuando pasas,
ni jamás un gorrión de tus migas
llamándote padre rajó tus espaldas?

Ignoro la cantidad de cartas, telegramas, esquelas perfumadas, chasques y diligencias que habrá recibido el maestro contestando a estas preguntas, pero tengo la plena seguridad que el accidente ovíparo relatado ha sido el único producido en este país y quizá en toda América, no digo a cargo de un gorrión, ni siquiera como producto de la exacerbación de un loro barranquero o de cualquier otro volátil parlador. Otra fragmentación:

Si barrenas la costra terrestre
más allá de las últimas napas,
como un niño voraz con sus dedos
perfora y vacía su propia naranja.

Creo que pocas personas se animaron a tomarse este trabajo digno de peludos, lombrices, vizcachas, foxterriers y otros poceros incorregibles.

Sobre la propia naranja que se cita, no tengo la menor idea si se trata de un regalo de cumpleaños, de una herencia o de cualquier otra bonificación. En cualquier forma, me parece difícil que el voraz sujeto, puesto en trance de probar la propiedad de la naranja, logre convencer mucho con títulos dudosos llenos de semillas, ollejos y cáscaras varias. Por si el lector continúa con ganas de trabajar, aquí tiene otro conchabo:

Si la pulpa del vago, del ebrio,
del peor, del más ínfimo palpas,
como quien al buscar una perla
registra la zona más vil de su casa.

Con seguridad que el lector no se dedicara a ninguna de estas actividades, ni menos se tomará el trabajo de buscar una problemática perla en el tacho de la basura en el fondo de su casa, en el gasómetro o en el medidor de agua corriente, por más pescatori que sea.



Leo en un Novelarium Semanal:

LA MESA, EXAMEN DE EDUCACION. — Nunca se agotarán los temas para tratar de la urbanidad en la mesa, piedra de toque de la educación y el refinamiento.

Las espinas, huesos, pepitas u otras cosas incomestibles que tengamos en la boca, se depositan en el tenedor arrimado a los labios, dejando el contenido en una orilla del plato.

Siempre nos serviremos de la fuente con el cubierto que va en ella, nunca con el nuestro.

La postura para comer es estar derecho, e inclinada un poco la cabeza. Si se habla con el comensal vecino, se vuelve sólo la cabeza, ya que volviendo el cuerpo se da la espalda al otro comensal.

Siendo comensal alrededor de una mesa que se transforma en una piedra de toque, hay que proceder con mucho tino.

Esta operación de sacarnos las espinas, huesos y otras cosas incomestibles de la boca hay que realizarla con sumo cuidado. Se puede dar el caso que una persona inexperta considere como incomestible, el maxilar inferior, el hueso palatino, la espina dorsal y la muela del juicio, transformando ante el estupor general el segundo plato en un museo de piezas anatómicas. También se debe tener cuidado al aceptar banquetes, donde los platos elegidos se hallen condimentados con fémures, tibias cruzadas, colmillos, carey, estalactitas, pezuñas, etc. Es más conveniente servirse de la fuente con el cubierto que ya viene en ella y no con el nuestro, así se evita el que al servirnos confundamos un filet de pejerrey con la cuchara, tenedor o cuchillo y nos veamos en la obligación de tragarnos un cuchillo, un centro de mesa, un escarbadiente, una espumadera Christofle o un cucharón de aluminio Cuando se hable con un comensal vecino, es preferible volver la cabeza y no la comida.

★

El misterio profundo que hasta hace poco existía alrededor de la alimentación especial ingerida por esa casta privilegiada de personas sanas y alegres que todos los años se conglomeran en comparsas y que son el alma y la vida de la idiotez y el cretinismo que reina en todo corso que se respete, ha sido develado. Cierta revista que se distingue por su legendaria tilinguería, en el número correspondiente al 9 de febrero, nos hizo la revelación, por intermedio de cierta nota puesta al pie, de una escena carnavalesca a la par que cursiforme. Es ésta:

El Carnaval, fiesta por excelencia infantil, tiene en esta murga su representación más significativa. El papel de las serpentinas y el estrépito de los pitos y las cornetas saturan el ambiente de una alegría frenética. Y más que en cualquier otra cosa, en ese papel y en ese estrépito están los nutritivos zumos de la vida que son elemental alimento de toda murga que se estime.

Ya estamos enterados del verdadero sistema de nutrición de los murguiondos. Ya no tenemos por qué pensar si los bolos alimenticios de estos seres están o no compuestos de de-





tritus, ovas, residuos, escamas, pelusas, microorganismos extraños, minaretes de alabastro, falsas imitaciones, desperdicios u otros elementos comprometedores.

★

En una hogareña revista del 9 de marzo y en una cursilonga sección que firma consuetudinariamente el ser Zulema Ramos Pacheco, hallé el siguiente discreteo:

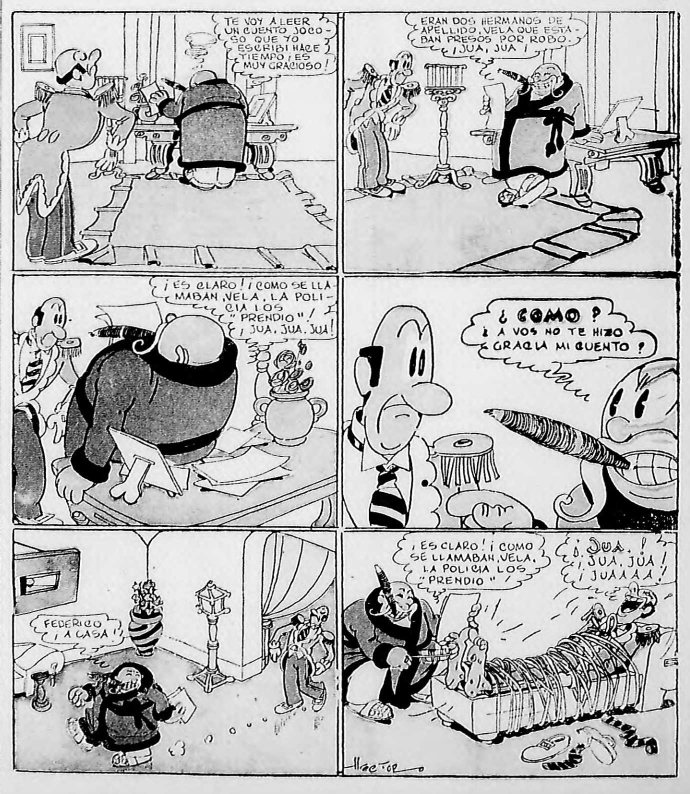
Un distinguido caballero británico, muy vinculado a nuestra sociedad y a las altas industrias del transporte, está a punto de realizar un sueño que data de la friolera de treinta y cinco años. Es un verdadero romance. Al finiquitar el siglo pasado, allá en la nebulosa Albion, conoció y amó a una rubia encantadora, con quien vivió horas de idilio en las riberas hománticas del Támesis.

No voy a hacer hincapié en lo del distinguido clubman insomne muy vinculado a ciertas empresas de mudanzas. Me referiré solamente a lo del idilio vivido en las románticas riberas del Támesis. No nos atenemos a los estudios y descripciones que los grandes eruditos y navegantes del citado río, los señores Sherlock Holmes, Watson, Sexton Blake y Tinker han efectuado, podemos afirmar la inexistencia del romanticismo en cuestión. Si nos dedicamos a consultar la enciclopedia británica, descubrimos inmediatamente que un riacho surcado en exclusividad por lanchas repletas de chilled, conservas Morton, carbonilla, policemen y legumbres y en cuyas aguas flotan restos de galletitas Hunfley & Palmers, sobrantes de las últimas orgías, trozos de Plompudding, paquetes de Quaker Oats, etiquetas de Cross y Blacwell y un sinnúmero de crackers inutilizados, perros de caza, pelucas, palos de golf y raquetas de tennis que obstruyen totalmente las esclusas, el Embankment, las rejillas y el resumidero, no puede ser romántico ni se presta para vivir ningún idilio.

POR

Anímula Vágula

El Nuevo Rico ★ por H. Rodríguez



UN DRAMA

POR

JUAN JOSE ROCA

Ilustración de

Sorazábal

DRAMATIS PERSONAE: El vendedor de específicos. La sportswoman. Un señor venido a menos. Un gato blanco. Un cliente desconocido.

(Escena, Interior de la tienda "A la testa de Absalón", Específicos contra la calvicie. Decoración de farmacia.

El vendedor de específicos hojea una revista. Es un mozo flaco, cetrino y bigotudo. Bajo los gruesos párpados asoman dos ojos esféricos, abultados e inexpresivos como dos pelotillas de naftalina. Del otro lado del mostrador, sentado, El señor venido a menos. Aparenta unos cincuenta y cinco años y viste esas ropas gastadas y descoloridas que parecen envejecer sobre los cuerpos de los cobradores profesionales o corredores de artículos a comisión.

VENDEDOR DE ESPECIFICOS. *(Dejando caer la revista con desaliento y repitiendo a media voz lo leído).* — "Hay que llevar dentro un poco de romanticismo, un poco de lirismo, para entender y sentir estas cosas... El banquero, el prestamista, el vendedor de específicos contra la calvicie, no deben leerlas... Perderían su tiempo"... No cabe duda, pertenezco a la desdichada categoría de hombres incapacitados para sentir esa bella clase de emociones que ennoblecen la vida del espíritu.

SEÑOR VENIDO A MENOS. *(Encogiéndose de hombros).* — Siempre preocupado con las mismas tonterías. Confieso que no lo entiendo, Absalón. Usted está a punto de ser rico, ha impuesto en plaza su específico, es todavía joven; y parece no tener en cuenta ninguna de estas ventajas. Hombres como usted...

VENDEDOR DE ESPECIFICOS. *(Con desaliento).* — Para los hombres como yo no existe diferencia entre la alondra de Julieta y el despertador de la cabecera.

SEÑOR VENIDO A MENOS. *(Un poco perplejo al principio, pero animándose a medida que habla).* — Yo también he sentido eso, no crea. Cuando se es joven, uno piensa que lleva dentro la energía suficiente para cambiar los destinos del mundo...

VENDEDOR DE ESPECIFICOS. *(Se acoda sobre el mostrador con profunda fatiga, mordiéndose un instante las puntas del caedizo bigote).* Es posible que tenga Vd. razón; es posible, pero... *(irguiéndose con súbito arrebato)* yo siento que aquí dentro *(golpéase el bolsillo alto del saco, sobre la pluma fuente sujeta con un broche niquelado)* hay algo que late y se agita por motivos más nobles y heroicos que la tarea de sembrar cabellos sobre los cráneos calvos de la humanidad. Anchío sono pittore *("Si parla italiano")*. Quiero beber leche, domar un potro, cruzar a nado un río *(esto lo he leído en alguna parte, pero encaja bien)*, matar, morir, hacer algo que me eleve sobre el nivel prosaico de mi cotidiana vida... *(Una pausa meditabunda. Con amargura)* Sueños... A tus frascos, a tus alambiques, mísero preparador de específicos contra la calvicie. *(El gato lanza un violento maullido, tembloroso y sostenido, de nostálgico amor. Suenan las cuatro en el reloj de la cornisa).*

SEÑOR VENIDO A MENOS. *(Que lo ha escuchado con tedio, aprovechando la pausa para ponerse de pie).* — Bueno, Absalón, tengo que visitar unos clientes. Vd. comprende que un corredor sólo puede filosofar cuando se ha asegurado el día. *(Hace mutis por la puerta de calle, a tiempo que ésta se abre, dando paso a la Sportswoman)*

SPORTSWOMAN. *(Es blanca, es rubia, lleva medias de seda, zapatos de tacones bajos, pollera más corta que lo consentido por la moda y un sombrero "a la diable" en la cabeza. En la diestra una valija rectangular y una raqueta. A la media luz del interior aparenta tener veintitrés años; es posible que en la vereda apenas pueda disimular los treinta y dos. Se encara resueltamente con el vendedor)* — Soy una muchacha moderna: remo, boxeo, juego al tennis, manejo automóviles y bailo danzas clásicas al aire libre con ligeras túnicas de lino. Detesto a los poetas que sólo tienen vigor para abrazar en la engañosa virilidad de sus estrofas; y busco un amante que pese ciento cincuenta libras al entrar en el "ring".

VENDEDOR DE ESPECIFICOS. *(Con helada corrección profesional).* — ¿Deseaba la señorita?

SPORTSWOMAN. *(Derribándose sin gracia sobre un asiento adosado al mostrador).* — He encontrado mi ideal pero imperfecto; abusa del whisky y se trata periódicamente contra la artritis. Es calvo y lo quiero con la bella cabellera de un Ulises...

Pero no; soy la sportswoman, el amor es un sentimiento débil y cursi; ¡odio al amor! *(Encarándose con el Vendedor de Específicos)* ¿Oye usted? ¡Odio el amor! Era yo una chica de diez y seis años cuando me engañó un fabricante de versos; desde entonces, soy "sportswoman" y me burlo del sentimiento amoroso.

VENDEDOR DE ESPECIFICOS. *(A medida que habla la Sportswoman su semblante va adquiriendo la expresión de quien debate interiormente una empresa aventurera. Se planta, por fin, cabe el mostrador con gesto resuelto; los bigotes le tiemblan ligeramente y en sus ojos exangües reluce su emoción).* — Dulce es el amor cuando se comparte con un alma que vibra al unísono con la nuestra.

(Se inclina tanto sobre el mostrador que su codo izquierdo derriba al gato, el cual se aleja lanzando púdicos bufidos).

SPORTSWOMAN. *(Que lo ha escuchado abstraída y es arrancada de su éxtasis por el estrépito de la alarmada pudicia felina. Contra).* —¡Usted es un miserable poeta!

VENDEDOR DE ESPECIFICOS. *(Transfigurado).* — Sí, soy un poeta; soy un romántico *(lanza una mirada recelosa hacia la caída revista)* y te amo.

SPORTSWOMAN. *(Desdeñosamente).*— ¡Un vendedor de específicos!...

VENDEDOR DE ESPECIFICOS. *(Con dignidad).* — Todos no podemos nacer caballeros de la Tabla Redonda ni campeones mundiales de boxeo, señorita.

SPORTSWOMAN. *(Meditabunda).* — De igual manera hablaba aquel que abusó de mi candorosa sencillez. El lenguaje de los poetas debe estar regido por ciertas fórmulas de uso común. *(Al Vendedor de Específicos).* ¿Qué título tiene su libro de versos?

VENDEDOR DE ESPECIFICOS. *(Con mayor dignidad que antes).* — Señorita, soy un poeta que no escribe versos. Los verdaderos grandes poetas viven la poesía pero desdeñan poner sus sentimientos en metro y en rima.

SPORTSWOMAN. *(Mirándolo de soslayo con inquietud. Ya no parece una joven sportswoman, sino una maestra de grado con veinte años de servicios).* — ¿Debo creerle? *(Suspira lánguidamente)* ¡Mi ideal era un hombre de ciento setenta libras!

VENDEDOR DE ESPECIFICOS *(Con ímpetu).* — Peso sesenta kilos; comeré, me robusteceré; haré gimnasia sueca y compraré un aparato Sandow.

SPORTSWOMAN. *(Perpleja).* — Sin embargo... Hay sacrificios que tal vez usted... *(corrigiéndose)* que tal vez tú... *(Recoge la raqueta y se cubre la cara como con un abanico)* que tal vez tú no podrías realizar...

VENDEDOR DE ESPECIFICOS. *(Con fuego).* — ¡Todos! ¡Mil!... ¡Un millón! Los hombres románticos somos abnegados por naturaleza. Nuestra profesión es sacrificarnos por el ideal...

SPORTSWOMAN. — Además, aquel poeta que mi inocencia tropezó en momento infausto...

VENDEDOR DE ESPECIFICOS. *(Vacila un momento. Las dos bolillas de naftalina giran apresuradamente en sus órbitas; pasea sus miradas por los frascos multicolores y las detiene, espantado, sobre la revista abierta en el suelo. El recuerdo de lo leído parece decidirlo. Su diestra levanta la barbilla de la Sportswoman).* — ¡Te amo! *(con noble sencillez)* Ven a mis brazos *(La Sportswoman se precipita en ellos, derribando la raqueta y la valija.*

UN CLIENTE. *(Abre la puerta y penetra en la tienda. Contempla con asombro a la pareja y habla en seguida).* — Un frasco de loción número 4.

VENDEDOR DE ESPECIFICOS. *(Despréndese de los amorosos brazos de la Sportswoman y se encara con el intruso).* — Sepa usted, señor que aquí ya no se venden específicos contra la calvicie. Soy un romántico y desdeño la riqueza.

SPORTSWOMAN. *(Deteniéndole)* — Un momento, señor. ¿Loción número 4? *(Se dirige a una estantería, busca el frasco, lo envuelve, cobra su importe y lo guarda en la caja del mostrador. El cliente se marcha. Al Vendedor de Específicos, que la contempla estupefacto).* Amor mío, eres un lírico, un doctor en nubes; eso es hermoso, pero la vida tiene sus exigencias. En adelante, yo atenderé el mostrador mientras tu bella fantasía vuela bajo el soplo de la inspiración.

VENDEDOR DE ESPECIFICOS. *(Medita un momento mientras la Sportswoman recoge sus efectos. Su expresión es sombría, trágica. Habla a media voz).* — Un hogar, hijos, esposa en la caja. ¡Pero esto no es un drama romántico, sino una comedia burguesa digna de un vendedor de específicos contra la calvicie! *(Mira que la Sportswoman hojea con displicencia).* Digamos como "El trompeta de Skaburger": ¡"Cuán bello hubiera sido, pero no puede ser; adiós, dulce ilusión!" *(Lánzase sobre la Sportswoman y le obliga a tragar el contenido de un frasco de loción. La Sportswoman expira sin mayor dificultad. En seguida, el Vendedor de Específicos se desprende los tiradores y se cuelga con ellos de las palas del ventilador. Dirige una mirada suprema a la revista y murmura).* "Un bel morir tutta una vita onora" *(Si parla italiano).* Quisiera que el director de la revista presenciase este final romántico. *Hace unos visajes y muere. El gato blanco, encaramado sobre el pedestal de Sócrates maulla desesperadamente. El establecimiento queda sin dueño).*

★ LOCOS...! ★

POR

F. LOPEZ LECUBE

Ilustración de

Facio Hebecquer



Ayer estuve en el Hospicio de las Mercedes. Necesité consultar un psiáquiatra sobre un asunto profesional y, como allí presta sus servicios de tal, un amigo, concurrí a ese establecimiento.

Mi amigo no estaba. Esto me contrarió. Caminé por los jardines y como el calor se hiciese notar, terminé sentándome en uno de los bancos, la reparo de un árbol.

Molesto por la poca suerte, concluí con un reproche: mi falta de previsión. ¿Por qué no había tenido la elemental, de averiguar telefónicamente, si mi amigo había concurrido?

Un hombre se sentó a mi lado, en el otro extremo del banco. Esto me distrajo. Lo observé; era alto, frisaría en los 40 años, bien plantado, su aspecto era agradable.

—Lindo día — dije, en tono que si bien podía interpretarse como exclamación monologal, o como iniciación de un diálogo.

—Así es, señor — respondió — pero para descansar; porque si usted hace algún movimiento, el calor se presenta de inmediato.

Hablamos de la presión barométrica, temperatura, estaciones etc., y terminé preguntándole:

—¿Por qué está usted aquí?

—¿Por qué voy a estar? pues, por loco!

—Hombre, no lo parece — dije con sinceridad.

—Vea, señor: fuera de las visitas, en esta casa no hay más que médicos, empleados y locos. Muchos de mis compañeros creen que no lo están, pero son locos, no tenga la menor duda.

Me explico su admiración al oirme; puede que usted crea que soy un loco razonable y tal vez esté en esa categoría, pero la verdad es que "comprendo" mi locura.

Y animándome un poco prosiguió:

—¡Usted mismo juzgará!

Yo tenía una esposa tan linda y buena com pueda serlo la mejor de las mujeres. Un día — no hace al caso cómo — conocí otra linda mujer. Me agradó, sin llegar a enamorarme. Ella se apasionó. Yo me mostré cauteloso. Su cariño haci amí se puso en evidencia. Entonces, rompí los frenos de la cautela que ocultaban, en realidad, desconfianza y la amé con todas las fuerzas de mi alma.

Palpó su conquista, mostrándose más efusiva que nunca. Era feliz porque quería y era querida, pero mi amor era luz de aurora y el de ella crepuscular. Las dos luces alumbraban; pero una nacía, la otra moría.

Y sucedió lo inevitable. La aurora convirtióse en día esplendoroso y el crepúsculo en noche obscura...

Sufrí y ella también.

Yo, porque amaba y ella porque había dejado de querer.

Dicen — y es cierto — que el amor es egoísta y que la inconstancia anula el dolor. Esto es verdad; cuando un cariño es substituído por otro, pero si el amor se apaga solo, se sufre y mucho.

Tenía ella que hacer frente a dos penas: la que procedía de ese vacío y la que a toda persona buena produce, la necesidad de ocultar la naturaleza de sus sentimientos actuales, en completo antagonismo con los de un pasado muy próximo.

El hombre, al llegar a este punto, hizo una pausa tan prolongada que yo temí callara definitivamente.

Mi temor era lógico ¿no estaba escuchando a un loco?

—¡Siga! — dije en tono con ribetes de orden más que de ruego.

—Espere — me replicó con voz desfalleciente.

Y prosiguió:

Cuando se ha amado, el vacío que deja el amor ausente, se llena pronto.

Me dí cuenta de que no sólo fué olvidado, sino también substituído. Como tantos, había leído algunos libros sobre psicología del amor y temas conexos y recordé, perfectamente: todos los autores aconsejan: "sólo el silencio es bueno"...

Sin embargo, una cosa es leer un buen libro, cómodamente arrellanado, con un puro en la boca, aprobando las conclusiones del escritor, y otra, muy distinta, vivir la vida y poner en práctica, aquello que debe hacerse.

¡Ah! La línea recta es la más corta. Quien mal anda mal acaba. No hagas a los demás lo que no quisieras que hicieran contigo. ¿Quién no sabe esto? ¿Quién ignora la verdad de estos axiomas de ética? Sin embargo, el mundo, marcharía como marcha, si en momento oportuno, pusiésemos en práctica "algo" de esto que todos, todos, sabemos son verdades eternas?

Volví a guardar silencio y lo respeté. Tenía la certeza, esta vez, que era un alto en el camino de su relato. El monólogo fué reanudado.

—Bueno, por lo dicho o por lo que fuere, el hecho es que, lejos de morderme los labios y callar, hice reproches, formulé quejas; perdí la línea, en una palabra y de un ser desgraciado en amores, me convertí en hombre ridículo.

Hablaba sentado, con las manos entrelazadas en sus rodillas apretadas, y mirando al suelo. Al llegar al punto que acabo de mencionar, se irguió, giró su busto hacia mí y mirándome a los ojos exclamó:

—¿Concibe usted algo más ridículo que un hombre quejándose de amores? ¿Ridículo y humano, verdad?

Asentí, con un movimiento de cabeza.

El recobró su primitiva postura y continuó:

Tuve un momento de cordura. Tomé entre mis manos su cabecita rubia, la besé en la frente y acercando mis labios a su oído, la dije:

—Me voy; en el escritorio, encontrarás un sobre. ¡Quiero que seas feliz!

Sin esperar respuesta, sin mirar una sola vez hacia atrás, me alejé.

Mejor que subir, salté sobre mi coche. Quería poner tierra, mucha tierra entre los dos.'

Llegado al deslinde de la ciudad, tomé una de las carreteras nuevas y con el acelerador a fondo corrí, corrí como un poseído, ¿cuántas horas? Yo mismo no lo sé.

Miraba el marcador de nafta; sólo recuerdo que en dos o tres oportunidades me acerqué al surtidor y ordené "60 litros", pagué y seguí huyendo.

Ya volaba sobre caminos más rústicos, la planicie había cedido su puesto a la ondulación y la ruta faldea sierras bajas.

El sol, en su ocaso, me tuesta el lado izquierdo de la cara y por este detalle pude darme cuenta que marchaba hacia el Norte. Miré al astro: enorme bola de fuego rojizo hundíase en Occidente y sentí la necesidad de seguir viéndolo.

Se presentó, poco menos que de improviso, un camino transversal; clavé los frenos al coche, en plena carrera, y éste coleó por esa frenada más que brusca, bárbara; empezó a querer girar sobre sí mismo, pero cuando apenas había hecho un cuarto de círculo y el "capot" superpuesto y paralelo al eje de la nueva ruta, abandoné el freno y el coche se lanzó hacia Poniente, con velocidad de saeta.

El nuevo camino, no faldea la sierra; no serpentea, sino monta sus primeras estribaciones y parece, por la rectitud de su trazado y la ondulación vertical, impuesta por las lomadas sucesivas, no serpiente, sino enorme gusano, en marcha hacia la montaña.

Esta característica me permitió ver nuevamente el sol. Detuve el coche un instante, en la cima de la primera loma, y cuando el sol se ocultó para ella, volví a emprender mi marcha desesperada, en procura de la segunda, que por ser más alta, recibía todavía la caricia del sol.

Y así continué... yo trepando lomas y el sol huyendo siempre...

Cuando terminaron las lomadas y principió la sierra escarpada, el camino-gusano se convirtió en sierpe y ya no pude perseguir al sol.

Abandonando el coche, trepé la altura y dí con una piedra que me sirvió de plataforma y salté hacia arriba, para poder volver a ver el sol; cada vez con más esfuerzo. Al principio pude ver la parte superior de su esfera; después, su aureola, después, ¡nada!

Pero, debí seguir saltando; no recuerdo. Al día siguiente —o qué sé yo cuánto tiempo después— me encontré en una pieza toda blanca y una hermana de la caridad a mi lado.

Mi frente ardía. ¡Agua! fué mi primera palabra. Trajéronla. La sorbí con ansiedad y pregunté: ¿dónde estoy?, qué ha pasado?

La voz dulce de la religiosa susurró:

En el Hospital de San Juan de Dios. Quédese quietecito; va a sanar pronto.

Obedecí. Quedé dormido.

Cuando desperté, sentí necesidad irresistible de ver el sol y primero dulcemente y después con energía, expuse mi deseo.

La hermanita salió, regresando a los pocos minutos, acompañada de un señor, también vestido de blanco y con gorrito blanco. Me pulsa, toma una cerilla encendida y me examina los ojos. Yo repetía: ¡quiero ver el sol!

El hombre hesita. Habla en voz baja con la hermana, ésta sale de la pieza y pocos momentos después, vuelve acompañada de dos hombres robustos, también vestidos de blanco; traen una silla de ruedas. Me levantaron del lecho, colocáronme con cuidado en el asiento y fuí transportado a través de corredores.

La religiosa y el médico seguían detrás. Cundo llegamos a un ventanal, al cual el sol daba en pleno, el facultativo me dijo: Ahí tiene el sol que tanto desea ver. Miré al astro que me cegó y dije a mis acompañantes: este no es el sol que quiero ver.

Se miraron; el médico dió órdenes con voz queda; me metieron en un vagón de ferrocarril y fuí traído aquí.

Son muy buenos conmigo. Frecuentemente el alienista, quien tiene a su cargo el pabellón en que estoy alojado, me conversa largamente. Algunas veces también tercia el director del Hospicio.

Es de admirar la habilidad con que llevan el tema hacia el sol. Creen —con lógica— ser el punto de toque de mi cerebro enfermo. Pero están equivocados. Mi locura, mi verdadera demencia, no es esa.

Enloquecí realmente, cuando olvidé mi hogar y mis deberes de esposo y padre; la locura culminó el día en que quise alcanzar el amor que huía, para meterlo, otra vez, en el corazón de una mujer.

Busqué, afanoso, un amor efímeno, y no vi el verdadero. Lo tenía a mi vera y éste, no solamente no huía, sino que me llamaba, por los ojos dulces de mi esposa.

Mi carrera al sol no fué sino exteriorización de una locura ya existente.

Junto con la última palabra, mi acompañante se puso de pie. Golpeó con fuerza el suelo con la suela de sus zapatos, se estiró el chaleco y agregó, muy cortesmente:

—Son las 12, hora de almorzar; con su permiso—. Hizo una reverencia y se retiró.



—¡Vd. lo tiene, señor!

Se volvió y, sonriente, rectificó:

—¿Señor? ¡Si soy loco! Aunque puede que esté en lo cierto. Tal vez sea, entre locos, señor.

Pero, entiéndame bien, —recalcó con redoblada energía—, ¡Soy loco! ¡Tengo necesidad de serlo! ¡Quiero ser loco!

Y se marchó definitivamente.

Roberto de Balbastro es un colega a quien estimo mucho. Es inteligente; más todavía, talentoso y también mundano. Yo lo admiro en secreto; a veces creo que él lo sospecha. Por mi parte cumplo con la ley eterna de añorar lo que no se tiene. En este caso —demás está decirlo— añoro su talento y mundo.

Salí del Hospicio y fuí a buscarlo a su estudio. El caso del loco me produjo inquietud espiritual; tenía que comentar con alguien capaz de apreciarlo y nadie mejor que Roberto de Balbastro.

Ayer no fué un día de suerte. Encontré a Roberto, pero más me valiera no haberlo hallado.

El, cuya alegría es proverbial, estaba triste. Lo noté desde que nuestras miradas se cruzaron; pero era tan extraordinario el hecho, que me entró la duda sobre si podía ser verdad lo que mis ojos veían.

Le invité a almorzar y me respondió que no tenía apetito; Roberto, cabizbajo y sin apetito era desconcertante.

—¿Qué te pasa? —interrogué.

—¡Nada! —replicó fingiendo.

—¡No! Tú disimulas; ¿no puedes hablar?

—Este... no, no es precisamente eso, sino que sería inútil, ¿sabes? pero, óyeme:

Tú estás enterado de mis sentimientos hacia Fernandita. No es una amante; es algo más, mucho más, para mí. Bien. Yo le rogué que no fuese a lo de la señora X, y ella accedió; hoy he sabido que ha mentido, va y me lo oculta.

Además, Fernandita no es ya la misma. Está triste, veo sus esfuerzos porque no lo note.

Amigo mío —añadió con pena suprema— su amor se me escurre, sin que pueda detenerlo, estoy abatido, pero no derrotado; he de luchar y recuperaré su cariño.

Traté de consolarlo con frases triviales —no se me ocurrían otras— pero yo también estaba desolado.

¡Uno que quiere meter otra vez el mismo amor en el corazón de una mujer! ¡Otro que persigue al amor que huye! — pensé.

No me extrañaría que un día de estos, Roberto de Balbastro, el talentoso, el rey de los salones, saliera a correr el sol...

Me despedí.

Caminé sin rumbo. Encontrando un templo, me introduje en él.

Sentí la necesidad de orar.

Ante Cristo crucificado, pedí fervorosamente perdón por haber deseado talento descollante, dando gracias por esa discreta medianía que me evitaba torturas de espíritus superiores.

Sobre el altar de San Miguel, frente al que estaba, con letras de oro ví la inscripción: "Sed libera nos a malo", y me conmovió.

"Sed libera nos a malo. ¡Sí, Señor! Líbrame del mal y del "malo", aunque éste tome envoltura de linda mujer.

"Sed libera nos a malo". Repetía la jaculatoria como letanía.

Sed libe... la imagen de la señora de Sandoval, mi amiga dilecta, se presentó de improviso a mi mente.

Más de una vez había tratado de examinar la naturaleza de mis sentimientos hacia ella, pero siempre logré no llegar a una conclusión concreta.

La veía, como la última vez, de pie en el "living", hermosísima siempre; tenía una carta, cuya lectura interrumpió, para extenderme su mano de hada, que yo besé, tal vez demasiado largamente.

—¿Nuevo triunfo de mujer? —inquirí, señalando con los ojos el papel.

—¡Bah! —contestó displicente—: alguien que me dice que soy la muñeca de los más lindos ojos conocidos.

—¡Juramos que ha dicho la verdad! — exclamé enfáticamente, extendiendo mi brazo derecho a la manera romana.

Ella me miró con mirada larga... y yo —recuerdo perfectamente— temblé de pies a cabeza.

La visión desapareció.

Mi pensamiento vuelve al "malo" y me pregunté: ¿será posible que se disfrace con las formas divinas de la señora de Sandoval?

Y la respuesta surgió, rampante:

¡No! No es posible; Dios no permitiría semejante profanación.

Ya más tranquilo, proseguí mi ruego. "Sed libera nos a malo"...

Estaba seguro de no pedir a Dios que me librara de la señora de Sandoval.

Salí del templo y trepé a un tranvía.

A pocas cuadras apareció un vendedor ambulante de libros, quien los pregonaba así:

"Locos, tilingos y locos lindos", obra fundamental que estudia tipos y caracteres; edición económica, sólo cuesta treinta centavos y vale mucho más. !Locos, tilingos y locas lindos! a 0.30.

Y se encaró conmigo, ¡conmigo, precisamente a pesar de que el tranvía estaba completo.

—¡Cómprelo usted, señor!

Sentí la necesidad de mirarlo. Sus ojos eran burlones...

¿Por qué me elegiría el vendedor de libros?

Decididamente, hay días terribles.

Petronio no se Abrió las Venas

NACIO en los días en que hombres vestidos de verde hacían pasar puercos jóvenes a través de círculos de fuego, en que porteros barbudos, de túnica cereza, cocían arvejas en fuentes de plata, delante de los mosaicos galantes, a la entrada de las ciudades, en que los libertos, llenos de sextercios, desempeñaban en las ciudades de provincia las funciones municipales, en que recitadores cantaban en el desierto poemas épicos, en que el lenguaje estaba repleto de palabras de ergástula y de infladas redundancias llegadas del Asia.

Su infancia pasó entre tales elegancias. No se ponía dos veces una lana de Tiro. Era la costumbre hacer barrer la platería caída en el atrio junto con la basura. Las comidas se componían de cosas delicadas e inesperadas, y los cocineros variaban sin cesar la arquitectura de los alimentos. No hacía falta asombrarse, al abrir un huevo de encontrar cosas de forma extraña, ni temer el cortar una estatuita imitada de Praxíteles y esculpida en grasa de hígado. La tapa que cerraba las ánforas era diligentemente dorada. Pequeñas cajas de marfil hindú encerraban perfumes ardientes destinados a los comensales. Las fuentes estaban perforadas de distintas maneras y llenas de aguas de colores que sorprendían al fluir. Toda la cristalería figuraba monstruosidades irisadas. Al tomar ciertas urnas las asas se rompían bajo los dedos y los flancos se abrían para dejar caer flores artificialmente pintadas. Pájaros de Africa, de mejillas escarlatas, parloteaban dentro de jaulas de oro. Detrás de rejas incrustadas en las ricas murallas, daban alaridos muchos monos de Egipto, que tenían caras de perro. En receptáculos preciosos se arrastraban bestias delgadas, que tenían flexibles escamas rutilantes y ojos que irradiaban azul.

Así, Petronio vivió descuidamente, pensando que el aire [...]smo que respiraba estaba [...]fumado para su uso parti[...]ar. Cuando llegó a la ado[...]cencia, después de haber [...]errado su primera barba en [...] cofre de oro, comenzó a mi[...]r a su alrededor. Un esclavo, [...]e nombre Syrus, que había [...]ervido en la arena, le mostró las cosas desconocidas. Petronio era pequeño, negro y malo de un ojo. No era tampoco de raza noble. Tenía manos de artesano y un espíritu cultivado. De allí vino que tomara placer en ordenar las palabras e inscribirlas. Ellas no se parecían en nada a aquello que los antiguos poetas habían imaginado. Porque ellas se esforzaban en imitar todo lo que rodeaba a Petronio. Y no fué sino más tarde que él tuvo la molesta ambición de componer versos.

Conoció gladiadores bárbaros, hombres de mirada oblicua, muchachos rizados que paseaban los senadores, viejos que discutían los asuntos de la ciudad, mercaderes de fruta y patrones de fonda, poetas y sirvientas, sacerdotisas interdictas y soldados errantes. Mantenía sobre todos ellos su ojo mezquino y tomaba exactamente sus maneras y sus intrigas. Syrus le conducía a los baños de esclavos, las celdas de las hetairas y los reductos subterráneos donde los figurantes de circo se ejercitaban con espadas de palo. A las puertas de la ciudad, entre las tumbas, Syrus le contó las historias de los hombres que cambian de piel, que los negros, los sirios y los soldados guardianes de las cruces suplicantes, se pasaban de boca en boca.

Hacia su trigésimo año, Petronio, ávido de esta libertad diversa, comenzó a escribir la historia de los esclavos errantes y juerguistas. Reconoció sus costumbres en medio de la trasformación del lujo; reconoció sus ideas y su lenguaje en medio de las educadas conversaciones de los festines. Solo, delante de su pergamino, apoyado sobre una mesa perfumada hecha de madera de cedro, dibujó con la punta de su "calamus" las aventuras de un populacho ignorado. A la luz de sus altas ventanas, se imaginó *las antorchas humosas* de las fondas, y ridículos combates nocturnos, y cerraduras forzadas a golpes de hacha y objurgaciones de procuradores de ilota, en medio de rebaños de pobres gentes, vestidas de cortinas desgarradas y géneros sucios.

Se dice que cuando hubo acabado los diez y seis libros de su invención, hizo venir a Syrus para leérselos, y que el esclavo reía y gritaba en alta voz, golpeándose las manos. En este momento ellos concibieron el proyecto de poner en ejecución las aventuras imaginadas por Petronio. Tácito nos dice falsamente que Petronio era árbitro de elegancias en la corte de Nerón, y que Tigelino, celoso, le hizo enviar una orden de muerte. Petronio no se desvaneció delicadamente en una bañadera, mientras murmuraba pequeños versos lascivos. Se fugó con Syrus y terminó su vida recorriendo los caminos.

La apariencia que tenía le hizo fácil el disimularse. Syrus y Petronio llevaron por turno el pequeño saco de cuero que contenía sus efectos y los denarios para gastar. Durmieron al aire libre. Vieron brillar tristemente en la noche las pequeñas lámparas de los monumentos fúnebres. Comieron pan agrio y aceitunas ablandadas. No se sabe si robaron. Fueron magos ambulantes, charlatanes de campaña y compañeros de los soldados vagabundos. Petronio desaprendió enteramente el arte de escribir, en cuanto pudo vivir la vida que había imaginado. Tuvieron jóvenes amigos traidores, que quisieron mucho, y que los abandonaron a las puertas de los municipios, después de haberles sacado hasta el último as. Hicieron todas sus juergas con gladiadores evadidos. Fueron barberos y muchachos de estufa. Durante varios meses, vivieron de las ofrendas funerarias de alimentos, que sacaban de los sepulcros. Petronio aterrorizaba a los viajeros por su ojo descolorido y su negrura que parecía maliciosa. Desapareció una tarde. Syrus pensó volverlo a encontrar en una celda grasienta, donde ambos habían conocido una muchacha de cabellera enredada. Pero un engrasador ebrio le había hundido un largo cuchillo en el cuello, mientras ambos descansaban a campo raso, sobre la escalinata de una bodega abandonada.

★

Marcel Schwob

Ilustración de Trinas Fox





ALEGORIAS DEL RIO Y DEL TATUAJE



Paraná serpentígero que pisa
Con sus desnudos pies patrias gemelas,
Y que, cuanto más corre, más irisa
Su traje de aceradas lentejuelas.

Nace del odre de los padres ríos.
Su linfa, en nudos líquidos enlaza
Las vejigas de cuero y los navíos,
Objetos de la tribu y de la raza.

Y de la tierra verde en los confines
Tiran del carro de sus cataratas
Los cien caballos de doradas crines
Y aletas de murciélago en las patas.

Pintadas flechas de la luz arquera
Se clavan, espejeando, en sus umbrales
Donde yergue la indígena palmera
Su obelisco de escamas vegetales.

Fué ayer nomás cuando miró Gaboto
—Brújula vertebral de ojos imanes—
Trizando estrellas de fulgor ignoto
La fauce estibular de sus caimanes.

Fué ayer nomás lo que hoy está marchito.
No importa que un caudal a otro suceda,
Pues como el tiempo frente a lo infinito
El agua pasa pero el río queda.

Fué ayer cuando mi cuerpo con él pudo
(Pasajero gimnasio, onda liviana)
Casi sin desnudez de tan desnudo.
Fué ayer nomás y lo será mañana.

Cuando la barca de apocadas velas
Hueca de palos y cordelería,
Muestra en sus bandas jarcias paralelas
Con cuajos de convulsa pedrería.

En lejanías veo, enjabelgadas
De lienzos verdes, amarillos, rojos,
Embarcaciones apelotonadas
Para que quepan bien en nuestros ojos.

Barcazas amarradas al socaire,
Sucias como zapatos de inmigrantes,
Y que se balancean con ese aire
Tan dócil, propio de los elefantes.

Y que, formando estáticas aureola
Sueltan alrededor trémulo sarro
Apenas desgarrado por las olas,
Tal como la colilla de un cigarro.

Sobre el puente de un barco naranjero
Aromado de espesas fruterías
Muestra el busto tatuado un marinero
Con signos mágicos y alegorías.

Y forman en su espalda las arrugas
Ondas como hay en las ilustraciones
De océanos antiguos, con tortugas
Tiradas por parejas de leones.

Vario mar de velámenes latinos
Y cabrilleante espuma de rocallas.
Púrpura viva en náuticos platinos
De pez que infla y desinfla sus agallas.

Grutas que filtran láminas de cielo.
Verdilechoso resplandor que imita
Agujas de agua y pólipos de hielo.
En sobrenatural estalactita.

Sirena que en la arena descabalga
De frágiles caballos aguavivos.
La rienda, un líquen. La montura, un alga
Y más abajo de coral estribos.

A su lado, en ficción de caza y pesca,
Un arquero desnudo en una roca
Echa hacia atrás su máscara faunesca
Y se arranca una flecha de la boca.

Entrelazada guía de espirales.
Circunda los omóplatos y baja
Hacia los dos riñones en los cuales
Se hunden espadas de las de baraja.

Completan la monstruosa taracea
Pájaros y hojas en compacto friso,
Con tal deformidad que acaso sea
Una zona infernal del Paraíso.

Por ambos brazos baja una serpiente
Como anillada tripa, de manera
Que si se mira inadvertidamente
Más parece una autóctona pulsera.

La cabeza, en la mano, mete miedo
Al viborear con ponzoñez conjunta
Una lengüeta para cada dedo
Que lo recorre hasta la misma punta.

Pónese ahora el río luminoso,
Y bajo el oro de la tarde quieta
Enormemente largo y silencioso
Brilla como la cola de un cometa.

Cosa imposible cuando el barco vuelva
A reflejar en superpuestas franjas
—Jugosa orografía de la selva—
Su montículo inverso de naranjas.

En la costa, los árboles baldíos
Ahondan en secretas oquedades
Esa melancolía de los ríos
Cuando pasan delante de ciudades.

Y el marinero que en la sed y el hambre
Aventuró cien puertos y países,
Abomba el tórax y de su pelambre
Nacen figuras como cicatrices.

Como si fuese ayer, recuerdo todo:
Primero, los pinchazos de la aguja
Clavada oblicuamente, único modo
Que no salte de sangre una burbuja,

Después, la aplicación de tinta china
Que da, bajo la piel, su azul de vena,
Y por último el frote con orina
Que a veces causa una mortal gangrena.

Y así fueron surgiendo en sus tetillas
Bajo la habilidad del operario
Las simbadmarineras maravillas
Que escogió en un fantástico muestrario.

Ya sea el pez entre real y utópico
—Porque no hay nada cierto que lo ex[plique—
Que en la córnea del ojo telescópico
Fulgura transparencias de alambique

Lo rodean imágenes profusas
En alternadas circunvoluciones.
Guirnaldas de fosfóricas medusas
Y valvas de entreabiertos mejillones.

Signos de arábigas astrologías,
No hay en su piel un sitio que el ornato
No haya cubierto de imaginerías
Como el entretejido de un brocato

Cuando dilata su musculatura
El trasudor, con aceitado lustre,
Junto a las lonas de la arboladura
Le da un barniz de semidiós lacustre.

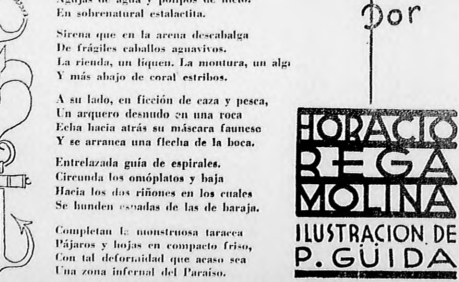
(Aldehuelas con cúpulas trenzadas
Como colmenas, sobre largos zancos.
Grandes pájaros de alas nacaradas
Que caen, con saetas en los flancos.

Dátil de gruesa piel, arrugas de higo,
Epidermis tirante de la tuna.
Fruta que da en almibarado ombligo
Mieles de sol y azúcares de luna).

Quieto el aire, ya el río no hace ruido,
Poroso de neblinas y vapores.
Y parece que el cielo ha descendido
Sobrecargado de húmedos colores.

Cielo que tiene al acabar el día,
Aureoladas de místicos encantos
Esas nubes de la iconografía
Para parar en ellas a los santos.

Gorda paloma hacia el follaje obscuro
Vuela volando en aplomado vuelo.
Es ya la hora del azul maduro
Y el cielo tiene demasiado cielo.



por

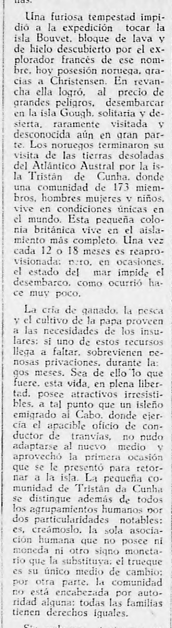
HORACIO REGA MOLINA

ILUSTRACION DE P. GUIDA

Ingrid en los Hielos

POR
CHARLES RABOT

ILUSTRACION DE
Pascual Güida



EL feminismo consigna triunfos hasta en el mundo polar. Después de las brillantes campañas de la señorita L. Boyd y de la señora Smet en regiones muy difíciles del Oceano Artico, he aquí que una noruega, la señora Ingrid Christensen, que en 1931 había ya cumplido un viaje en el Antártico, ha renovado esta exploración durante el transcurso del último verano austral.

Antes que ella, ninguna mujer había osado aventurarse entre los hielos del hemisferio Sur.

Su esposo, Lars Christensen, el gran armador de barcos para la caza de ballenas, estimando que, para dirigir esta industria, sometida a tantos factores aleatorios y perfeccionar los procedimientos, es indispensable conocer por experiencia propia todos los mecanismos que la componen, decidió ir a visitar sus barcos en el Oceano Indi Antártico, como ya lo había hecho en 1931. Así que, en esta precedente campaña, llevó consigo a su mujer y a varios invitados.

El 29 de enero de 1933 los viajeros se embarcaron en el Cabo, con destino al extremo Sur, a bordo del Thishavn, soberbio navío de 10.000 toneladas, perteneciente a L. Christensen, cargado de revituallamientos destinados a los balleneros.

A bordo se encontraba, además, la expedición Riiser-Larsen, cuya emocionante aventura ha sido difundida por el cable en el mundo entero.

Tres días después de la partida, el primer iceberg fué avistado, y bien pronto el Thorshavn entró en la zona que rodea el continente del polo Sur. Navegación delicada para un barco de revestimiento metálico, a pesar de que en esta región, como en casi toda la zona antártica, los hielos de mar no sean, al decir de los expertos, tan temibles como en el Norte.

En cuanto el barco hubo encontrado uno de los tres barcos usinas de L. Christensen trabajando en esos parajes, los trasbordos, que constituían el objeto principal del viaje, comenzaron.

El Thorshavn debía revitualiar esos navíos y, en cambio, embarcar el aceite que ellos habían fabricado desde el principio de la campaña de pesca. Las tempestades de nieve se sucedían sin respiro. En estas condiciones los transvasamientos se habían tornado singularmente difíciles. Sin embargo, gracias al empleo de cadáveres de ballenas, a guisa de amortiguadores de los choques entre los barcos, éstos pudieron colocarse borda contra borda, sin temor a las averías.

Mientras estas peripecias se sucedían y eran remediadas lo mejor posible, la expedición llegaba a tener a la vista el continente Antártico, en una región desconocida hacía apenas tres años. El señor y la señora Christensen tomaron parte en seguida en la caza de ballenas, sobre pequeños vapores empleados hoy en día para capturar ese mamífero marino. Anotemos de paso que el tiro, en esas condiciones, es mucho más difícil de lo que parece; la presa tiene un gran tamaño, pero es extremadamente movible y el tirador mismo se desplaza a una velocidad de 22.2 kilómetros por hora.

Siempre cuidadoso de servir a la ciencia, el señor Christensen envió al Museo de Historia Natural de Francia una pieza anatómica de un volumen extraordinario, proveniente de una ballena capturada durante esta campaña.

Terminados los trasbordos, Riiser-Larsen, a quien la abundancia de los hielos había inmovilizado hasta ese momento, pasó a otro barco; después, la señora y el señor Christensen y sus invitados tomaron el camino de retorno, visitando en el curso de su ruta las islas esparcidas en la inmensidad del Oceano Austral. Dos veces, en el curso de este viaje, estuvieron al borde de una catástrofe. Durante un huracán, una ola monstruosa se abatió sobre el Thorshavn, hundiendo el tabique del salón situado en el tercer piso de la pasarela, a más de nueve metros sobre la línea de flotación.

Cuatro días más tarde, suponiendo haber pasado la región en la cual se está expuesto a encontrar icebergs, la expedición había comenzado a navegar de noche cuando, bruscamente, en la obscuridad, se encontró frente a frente con una montaña de hielo flotante. Algunos metros más de babor hubieran bastado para que el Thorshavn se destrozara contra ella, yéndose a fondo con sus 46 hombres de tripulación y pasajeros y su cargamento de aceite, valuado en varios millones. Verosímilmente es a una colisión de este género a lo que se debe la pérdida total del desdichado buqueescuela danés, hace cinco años, en esa misma región.

Ciertos años, como consecuencia de catástrofes espantosas, experimentadas por los glaciares antárticos, esta región del oceano está infectada de temibles icebergs.

Se recomienda, en consecuencia, en tiempo de bruma, el tomar la temperatura del aire y la del mar en la superficie, cada media hora, ya que la proximidad de esos enormes trozos de hielo es revelada por un brusco descenso del termómetro. Sin embargo, las experiencias del señor Christensen demuestran que sería peligroso confiarse en ese solo procedimiento, ya que las excepciones son muchas y en ello va la vida de los audaces navegantes que se aventuran en tales zonas.

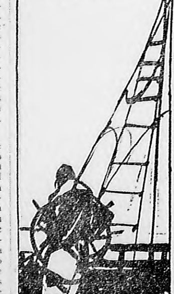
Una furiosa tempestad impidió a la expedición tocar la isla Bouvet, bloque de lava y de hielo descubierto por el explorador francés de ese nombre, hoy posesión noruega, gracias a Christensen. En revancha ella logró, al precio de grandes peligros, desembarcar en la isla Gough, solitaria y desierta, raramente visitada y desconocida aún en gran parte. Los noruegos terminaron su visita de las tierras desoladas del Atlántico Austral por la isla Tristán de Cunha, donde una comunidad de 173 miembros, hombres mujeres y niños, vive en condiciones únicas en el mundo. Esta pequeña colonia británica vive en el aislamiento más completo. Una vez cada 12 o 18 meses es reaprovisionada; pero, en ocasiones, el estado del mar impide el desembarco, como ocurrió hace muy poco.

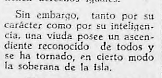
La cría de ganado, la pesca y el cultivo de la papa proveen a las necesidades de los insulares; si uno de estos recursos llega a faltar, sobrevienen penosas privaciones, durante largos meses. Sea de ello lo que fuere, esta vida, en plena libertad, posee atractivos irresistibles, a tal punto que un isleño emigrado al Cabo, donde ejercía el apacible oficio de conductor de tranvías, no pudo adaptarse al nuevo medio y aprovechó la primera ocasión que se le presentó para retornar a la isla. La pequeña comunidad de Tristán da Cunha se distingue además de todos los agrupamientos humanos por dos particularidades notables: es, creámoslo, la sola asociación humana que no posee ni moneda ni otro signo monetario que la substituya; el trueque es su único medio de cambio; por otra parte, la comunidad no está encabezada por autoridad alguna; todas las familias tienen derechos iguales.

Sin embargo, tanto por su carácter como por su inteligencia, una viuda posee un ascendiente reconocido de todos y se ha tornado, en cierto modo la soberana de la isla.

—Vivimos felices amándonos y ayudándonos mútuamente —declaró ella a los visitantes noruegos. Así la palabra de la Escritura se tornaría una realidad sobre esa roca perdida en medio del Oceano Austral.

Christensen y su señora no se han dado por satisfechos con este largo viaje. Ya están en ruta, nuevamente. Van con rumbo, por tercera vez, hacia los mares antárticos.





Peloponeso y Jazmín ★ por Hamlim











































